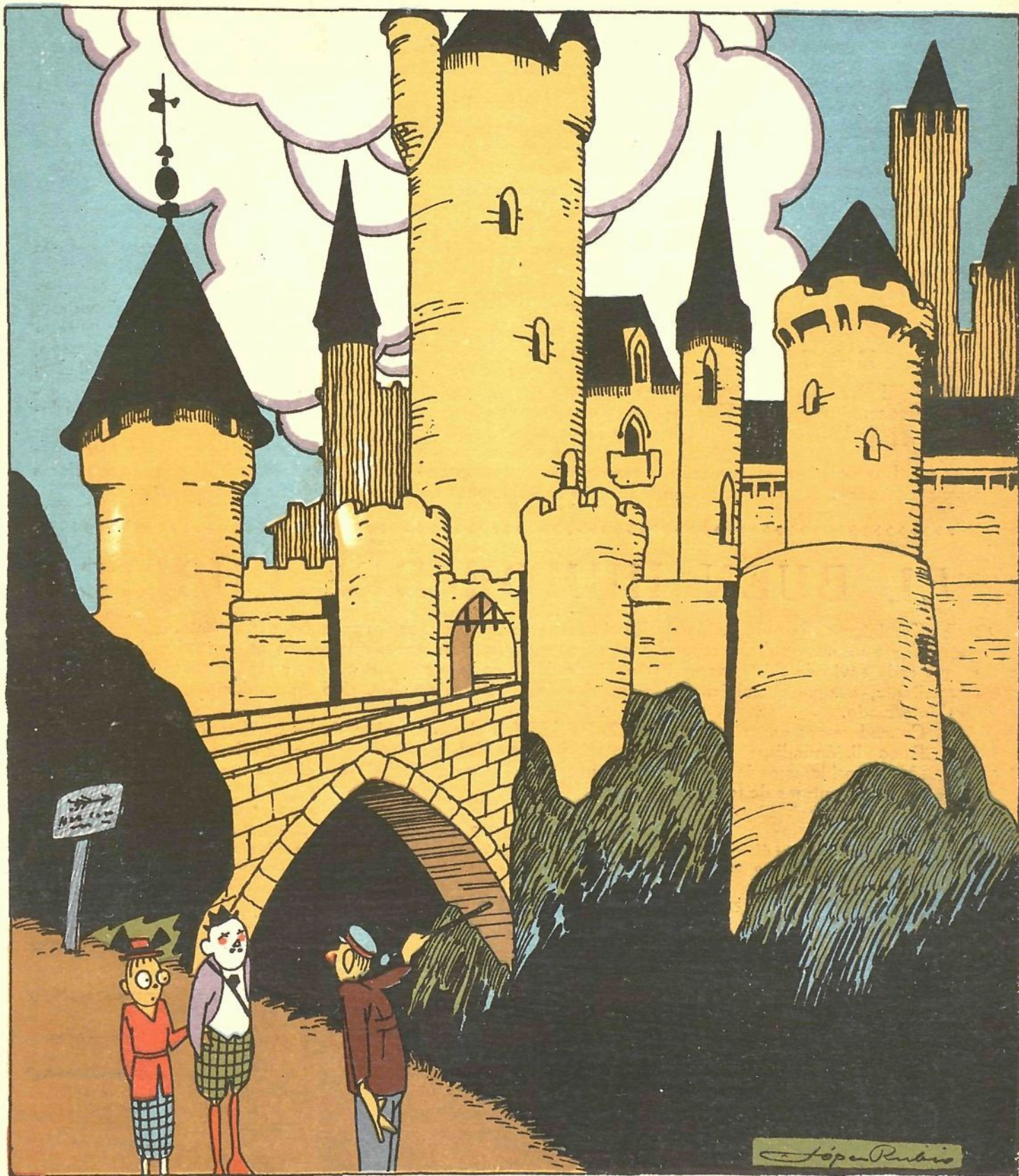


# BUEN HUMOR



- En este castillo murió Godofredo de Bouillon.
- Le advierto a usted que Godofredo de Bouillon murió en otro castillo, muy lejos de aquí.
- Bueno, pero aquí, por lo menos, fué donde se puso malo.

Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.



# CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

BUEN HUMOR, que es hoy la primera revista satírica de España, perseverando en su deseo de no limitar sus columnas a los literatos y dibujantes de prestigio cuyas firmas avaloran los números publicados, con objeto de abrir sus páginas a toda nueva colaboración, organiza este Concurso de

## CUENTOS HUMORÍSTICOS

con arreglo a las siguientes

### BASES

a) El plazo de admisión de los trabajos terminará el día 15 de noviembre de 1922, a las seis de la tarde.

b) Los originales tendrán, aproximadamente, una extensión

de seis cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina por una sola cara.

c) Los originales irán encabezados con un seudónimo o lema, y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

d) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos oportunamente, concederá un premio de

**200 PESETAS**

al mejor *cuento humorístico*.

Además, propondrá a la Dirección de BUEN HUMOR la adquisición de los originales que lo merezcan, conviniendo con el autor las condiciones.

e) Los autores que no deseen aspirar más que al premio *único*, deberán hacerlo constar al pie del

lema y al frente del sobre adjunto. El original que no lleve indicación alguna se supone conforme con las condiciones que el segundo párrafo de la base d establece.

f) El *cuento humorístico* premiado y los adquiridos se publicarán en nuestra plana central, ilustrados por notables dibujantes.

g) Los originales no premiados deberán ser recogidos de la Redacción de BUEN HUMOR, a partir del día siguiente a la publicación del fallo del Jurado en esta revista y dentro de lo que reste del año 1922. Pasado este tiempo, la Empresa no responde de dichos originales.

h) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su conformidad con las anteriores bases.

## EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*Entre pintores.*

— Acabo de vender mi último lienzo.

— ¿Qué lienzo, si yo no te he visto pintar?

— ¡El de mi catre!

CHIRIMOYO. — Valencia.

*En un colegio, durante la explicación que el profesor da sobre asuntos militares, el buen señor encuentra distraído a uno de sus discípulos, dando motivo a la interrupción de tan amena conferencia para ser interrogado el muchacho.*

PROFESOR. — Vamos a ver, Ismael, ¿qué nombre recibe la parte de una armada naval compuesta de varios buques de guerra?

ISMAEL. — ¡...!

PROFESOR. — ¡Escuadra!... Claro, ¿cómo contestar a semejantes preguntas, aun

cuando sean sencillas? ¡Todo, absolutamente todo, es consecuente de la dichosa distracción, madre de la torpezal... Espero más acierto a esta otra preguntita: el local de un cuartel destinado para albergar las bestias, ¿qué es?

ISMAEL (rápidamente). — Es cuadra también.

A. y M. B. — Oviedo.

— No niegue que le gustan los toros, porque el domingo le vi en la plaza con su señora.

— El domingo no eran formales. Toreaba Charlot. Pero tampoco me gusta.

— ¿Que no le gusta Charlot?

— No, señor... ¡Ni Chispal!

P. P. T. — Sevilla.

— ¿Cuál es el animal que si le afeitan se queda viudo?

— El barbo, porque se queda sin barba.

BAJO-CALLE. — Madrid.  
Autores joosohumorísticos.

— Nunca vi a Pepita tan provocativa como ayer.

— ¿...?

— Figúrate que tomamos una lancha, y le dió un mareo terrible...

BREVA. — Nador.

— ¿Cómo se llama el que toca el piano?

— Pianista.

— ¿Y el que toca la flauta?

— Bartolo.

CARLOS BERENGUER. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Ce-eme-ese, de Madrid.**

Ayuntamiento de Madrid



# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## BASES para nuestro concurso de octubre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el primer sorteo del próximo diciembre.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitírsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de noviembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de octubre, insertos en esta página. A los *suscriptores*

de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 19 de noviembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

1. — Reunión.

1000 N 150

Mamá número uno

2. — Un pobrecillo "atontao".

BENEDICTO XV

EL DEMONIO

CUPÓN  
correspondiente al número 44  
de  
**BUEN HUMOR**  
que deberá acompañar a todo  
trabajo que se nos remita para  
el Concurso permanente de  
chistes o como colaboración  
espontánea.

3. — Del cuello a los tobillos.

PIAS ES PIIS  
PIOS E S PIUS

POLO I

Conejo BALIDO Liebre  
Perdiz Chocha

4. — Un nombrecito... para tenor  
de ópera.

— Me *prima-tres* con cualquiera  
si se trata de menoscabar mi dig-  
nidad.

— No creo que suponga *dos-pri-  
ma* para tu decoro el que tu señora  
vaya de viaje con su primo, siem-  
pre que les acompañe la *prima-  
prima*.

— La gente no *tercia-prima* las  
cosas como tú.

— Yo lo que te digo es que un  
primo que se llame *todo* tiene que  
ser completamente inofensivo.

5. — Flores japonesas.

100 R AFRIMACIÓN

DIOS DE LA RISA

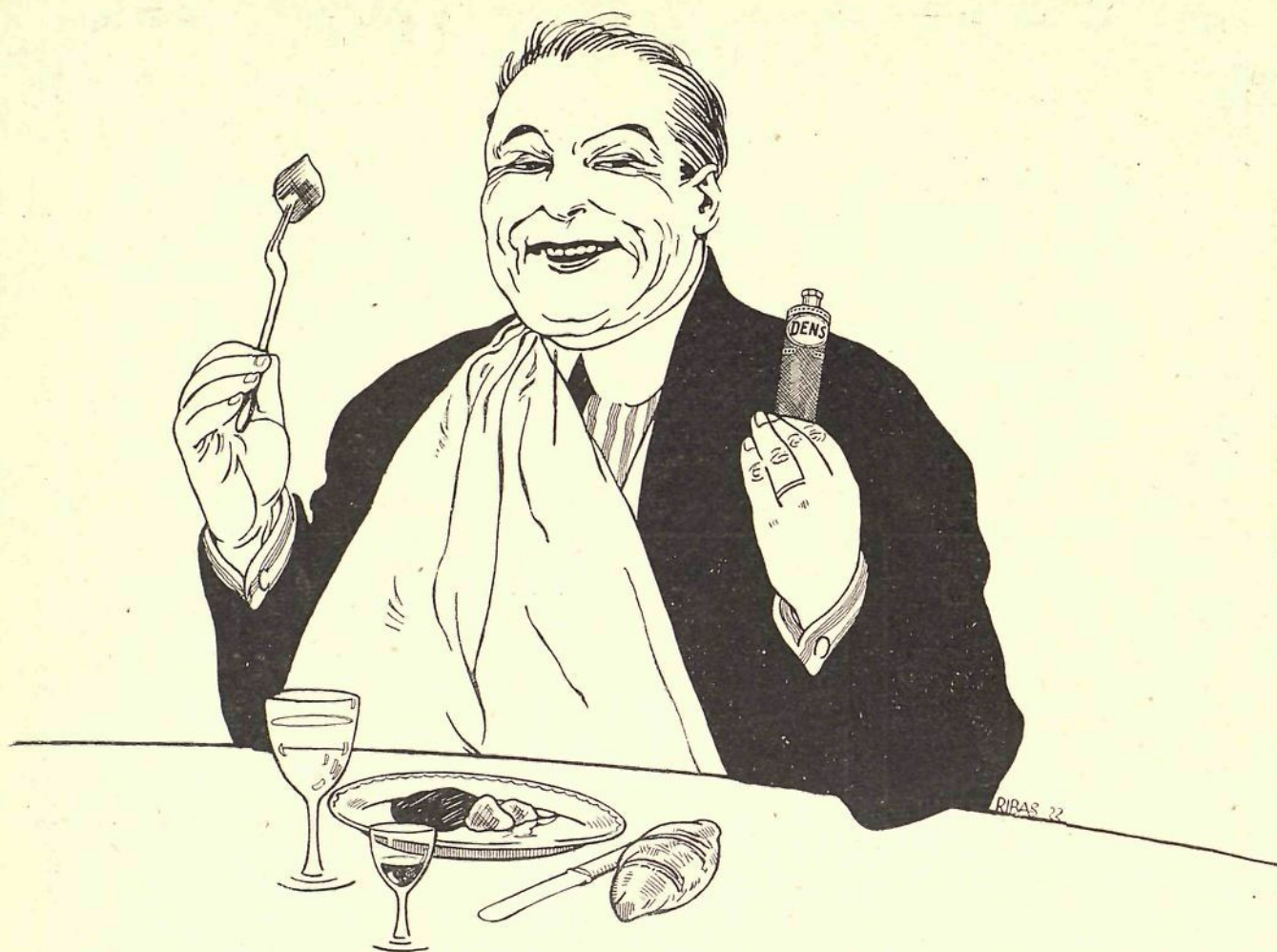
6. — Cómo repartió Maura  
las senadurías vitalicias.

A SALERI II

Y CHOQUE DE TRENES

CUPÓN NÚM. 1  
que deberá acompañar a toda  
solución que se nos remita con  
destino a nuestro CONCUR-  
SO DE PASATIEMPOS del  
mes de octubre.





Conserve usted sus dientes  
y conservará su estómago.  
**LA PASTA DENS**

usada a diario, mantendrá su dentadura en perfecto estado, y su boca estará  
siempre sana y perfumada.

TUBO 1 50

En todas las Farmacias, Droguerías y Perfumerías de España.

PERFUMERIA GAL

MADRID



Madrid, 1 de octubre de 1922.

## REGÚLEZ TRASNOCHA



I  
REGÚLEZ, hombre probo y metódico, casado con una mujer de violento carácter, llevaba varios días agitado y trémulo, meditando en la forma más suave de presentar a su terrible esposa el dilema tan espantoso en que se hallaba embrollado. En diversas ocasiones intentó plantear la cuestión; pero siempre en el momento supremo sentíase invadido por frío sudor, y de su boca reseca no salía la menor palabra alusiva al pavoroso asunto que tan preocupado le traía. Mas el tiempo echábase encima, y un a mediodía, haciendo de tripas corazón, y decidido ya a todo, planteó el problema en su total intensidad:

— Oye, Escolástica: ya sabes que en la vida de los hombres hay momentos graves. Para mí ha llegado uno de ellos.

— ¿Qué te pasa, Regúlez?  
¡Seguramente será alguna idiotez!

— ¡No, hija mía, no!... Sabrás que mañana es el cumpleaños del jefe de la oficina en que estoy colocado, y los compañeros, como prueba de respetuosa amistad, han decidido obsequiarle con una magnífica cena.

— Bueno..., ¿y qué?

— Pues que no tengo más remedio que asistir a ese *guateque*.

— Pero ¿cómo, Regúlez?... ¿A ti quién te ha contado semejante cosa? ¿Es que te has creído tú, que desde que te casaste conmigo no has salido de casa después de cenar ni una mala noche siquiera, vas a irte mañana por ahí de juerguecita?... ¡No, no y no!

— ¡Pero, mujer!...

— ¡Que he dicho que no! ¿Quién va a ser el que manda en casa, vamos a ver? ¿La mujer o el marido?

— ¡La mujer, Escolástica, la mujer!...

— Entonces, ya está hablado. ¡Regúlez, no irás a esa cena!

— Escolástica, escúchame:

van a acudir todos los compañeros. Yo no voy a ser una excepción, pues me pondría en ridículo.

— ¡Repito que no vas!

— Te advierto que mis camaradas, a los postres, aprovechando esa intimidad que da el haber libado juntos, piensan pedir al jefe un aumento de sueldo para los que allí se encuentren.

— ¡Ah!... ¡Sí!... Entonces cambio de parecer. Regúlez, mañana podrás ir a cenar con tus amigotes... Yo te daré seis reales para que puedas alternar y darte pisto... ¡Pero cuidado con lo que vas a hacer!... ¡Por Dios, Regúlez; sobre todo, no dilapides el dinero!...

II

Regúlez, llevando en la mano un cerillo, cuya oscilante luz iluminaba dé-

bilmente la escalera, trepaba peldaños arriba con vacilantes pasos, de regreso ya del banquete en honor de su superior jerárquico. Se comió bien, y se bebió mejor que bien, en dicha cena. Regúlez quizás abusó un poco de los licores, y ahora sentía, mientras continuaba su lenta y dificultosa ascensión hacia el piso tercero (en realidad sexto) en que habitaba, una especie de fuerte ardor en el estómago, mientras que la cabeza notábase como oprimida por gigantes cas tenazas.

Recordaba, sonriendo, cómo los compañeros pretendieron retenerle cuando planteó la cuestión de retirarse por tener ofrecido a su esposa que regresaría al domicilio conyugal antes de las doce de la noche. ¡Sí, sí!... ¡Cualquiera faltaba a su palabra!... ¡Tibio escándalo como llegase más tarde de la hora prometi-

da!... ¡Así que no conocía él a su encantadora mujercita!... Embargábale, a pesar de haber cumplido fielmente lo prometido, el temor de que su costilla notase el estado poco satisfactorio en que se hallaba, y proponíase entrar sigilosamente en su cuarto y acostarse con suma rapidez.

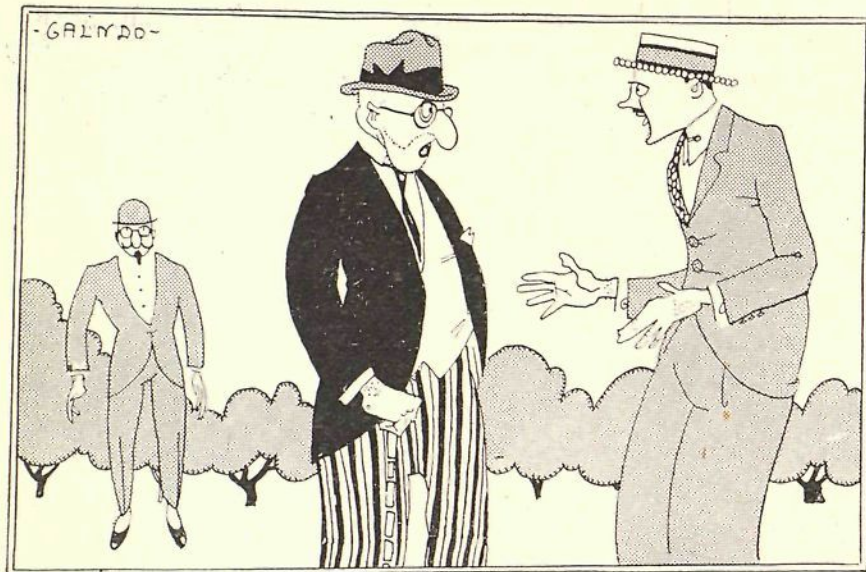
Cuando maquinaba tales intenciones, la débil llama del cerillo se apagó, quedando la escalera en obscuridad completa. Intentó vanamente encender el mechero mecánico. ¿En qué piso se encontraba?... ¿Segundo o tercero?... Fijamente no lo sabía. Subió algunos escalones y tropezó con una puerta. Introdujo en la cerradura su llavín, le hizo girar y penetró en la habitación. Con pasos inconscientes, en plena embriaguez ya, entró en el primer cuarto que halló a mano. Divisó en él una cama, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, se acostó en ella sin desnudarse, quedando al instante profundamente dormido.

¡Qué despertar más amargo el de Regúlez! Hallábase amodorrado, cuando recibió en la cabeza un fuerte garrotazo, al mismo tiempo que era zarandeado violentamente. Vuelto a



Dib. SILENO. — Madrid.





Dib. GALINDO. — Madrid.

— Le digo a usted que estoy deseando encontrarme con él para decirle cuatro verdades.  
— Pues mire usted, la ocasión la pintan calva: ahí le tiene usted.  
— ¡Viene de perilla!...

la realidad, divisó, espantado, que ante él se encontraba una especie de energúmeno que, enarbolando una gruesa estaca, dedicábase a descargarla sobre su frágil cuerpecillo, mientras le increpaba:  
— ¡Tío sinvergüenza! ¿Qué hace usted aquí? ¡Me le voy a comer crudo!

— ¿A mí?... — interrogó tembloroso Regúlez, procurando resguardarse de aquel bestia.

— ¡Sí, so canalla!... — rugió el hombre terrible, administrando un puñetazo en el ojo derecho de Regúlez.

— Yo soy una persona decente, caballero!

— ¡Tome usted, por miserable! — exclamó aquel hombre, descargando un estacazo en las costillas de Regúlez.

Este sentíase llevado de un lado para otro, como si fuese un muñeco de guiñol. A ratos se creía víctima de una pesadilla, de un sueño; pero no: aquella hinchazón del ojo, por ejemplo, era una realidad palpable. ¡Y tan palpable!...

En esto apareció en la habitación la esposa del presunto ofendido.

— ¡Simplicio!... — imploró la dama —. ¡Este caballero es Regúlez, el señor que vive en el piso de arriba!

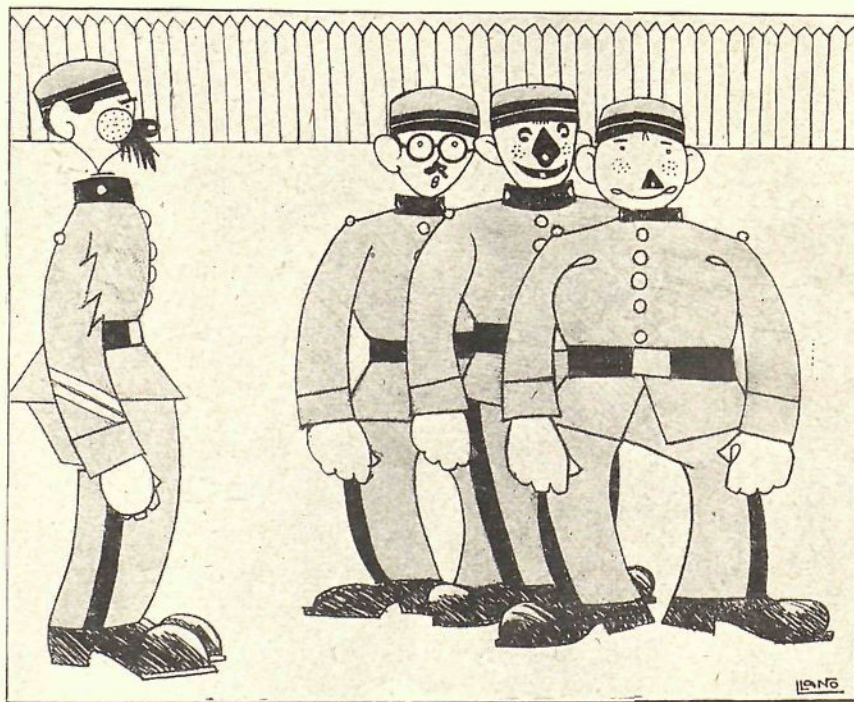
— En efecto, me parece recordar...

— Sí, señor. Aunque no lo parezca, yo soy Regúlez — gimió éste.

— Pero, entonces, ¿cómo es que se encuentra usted en nuestro dormitorio?

— Yo creo que todo se debe a una confusión. Las llaves de los cuartos de esta casa son de modelo idéntico. Yo traía mucho sueño, y al subir la escalera se me apagó la luz. Creí hallarme en mi piso, y penetré equivocadamente en la habitación de ustedes...

— Entonces — le explicó el marido mientras acompañaba a Regúlez hasta la puerta —, perdone el error sufrido... Regresábamos del teatro, y nos encontramos con usted en nuestro propio lecho.



LLANO

Dib. LLANO. — Madrid.

EL CABO. — ¡De a cuatro derecha!...

UN RECLUTA. — ¡Pero si no somos más que tres!...

EL CABO. — Pues... de a tres, ¡marchen!...

— Sí, sí...

— Disimule lo que he hecho con usted...

— Yo creo, caballero, que esto no tiene disimulo...

## III

Regúlez subía, despabilado ya, los escalones que faltaban hasta su piso. Sentía el cuerpo dolorido, magullado. De-seaba llegar a su casa para reposar en el lecho y reponer sus miembros tullidos de la paliza sufrida.

Una vez en el umbral de la puerta, y cerciorado de que esta vez no se equivocaba (hay equivocaciones que cuestan un ojo de la cara; ¡si no, que se lo pregunten a Regúlez!), hizo girar la llave-cilla y penetró en la habitación.

Pero, ¡ah!, allí donde esperaba hallar reposo y la amable acogida de un lecho tibio y confortador, encontrábase doña Escolástica, su esposa, que le aguardaba, vergajo en mano, hecha una fiera:

— ¡Regúlez, Regúlez! ¡Eres un golfante! ¿A ti te parece decente venir a casa a las cuatro de la mañana?

Y descargando un vergajazo en las espaldas de su esposo, añadió:

— Di, sinvergüenza, ¿dónde has andado? ¡Mientras yo sufría esperándote, tú habrás estado divirtiéndote por ahí!

— ¡Sí, Escolástica, tienes razón! — es-talló Regúlez —. ¡Esta noche me he divertido mucho, muchísimo!... ¡No lo sabes tú bien!...

Luis ESTEBAN.



# ALREDEDOR DEL MUNDILLO

## CURIOSIDADES DESCONOCIDAS

**E**n el Pacífico, y conforme se baja de Shangai, a mano izquierda, existe la isla Chin-Cha-The, desconocida de los más intrépidos viajeros, desde Marco Polo, antepasado del ingenioso escritor Ernesto Polo, hasta el conserje del Club Peñalara, en Guadarrama. Los habitantes de Chin-Cha-The se dedican, exclusivamente, a la cría de gusanos, y no decimos cría y educación, porque el gusano es refractario a toda clase de enseñanza, negándose a ir a clase y a todo lo que significan chinchorrerías educativas.

Todos los gusanos que se ven dentro de los quesos de Rochefort, son procedentes de aquella isla, exportados en grandes cantidades y ya preparados para ser metidos dentro de los *fromages*. Los habitantes de Chin-Cha-The son formales, y dan los gusanos solos, en vez de darlos con queso, habiendo llegado a realizar con ellos tales maravillas, que dentro de algunos han logrado colocar toda una instalación eléctrica, creando así el gusano de luz.



Los periódicos neoyorkinos dan cuenta del invento últimamente realizado por el sabio mister Shatén.

Este ilustre inventor, comprendiendo las infinitas molestias que a la Humanidad causa la lluvia, después de largos años de estrujarse el cerebro y mojarse la cabezota, ha logrado construir un ingenioso aparato para preservarse de las inclemencias del tiempo.

Se trata, según los periódicos, de una varilla de acero o madera, a la que se adaptan otras más ligeras, recubiertas por una tela, pudiendo plegar o desplegar el aparato a voluntad del dueño. Abierto el aparato, y cobijado debajo de él, la cabeza y parte del cuerpo se libran de la lluvia. El ingenioso inventor, visto el uso a que está destinado su aparato, que es preservarse de las aguas, le ha puesto el nombre de paraguas, y actualmente, en los Estados Unidos, hacen furor los paraguas de Shatén.



¿De dónde proviene la sombra de decir «Me aburro

más que una ostra»? Las recientes investigaciones realizadas por los paleólogos indostánicos, nos dan a conocer el origen de la frase. En cierta reunión molusca y ligeramente crustácea, verificada en el año 525 — ¡bonito capicúa! — antes de Jesucristo, fué proclamada reina la langosta, a la que se cubrió durante la ceremonia con un rico manto de mayonesa, última palabra de la moda de entonces. Hubo con tal motivo bailes, canciones y excursiones a unas algas de las inmediaciones. Unicamente una ostra, que, por fallecimiento de su marido, estaba viuda, permaneció cerrada, triste y aburrida. Los demás mariscos la vieron, y en medio de la alegría dijeron: «¡Cómo se aburre esa ostra!»

De ahí procede la frase, a la que se le puede, si se quiere, echar limón.



En la Biblioteca de Alejandría existen diez millones de volúmenes, que, a un término medio de cuarenta y cinco mi-

llones de letras, representan la cantidad total de 274.562.329.753.211 letras.

Si algún lector dudase de este cálculo, puede acercarse a Alejandría y proceder a la comprobación, contando las letras.

Todo ello, sin enfadarse ni protestar; porque el que protesta una letra, se expone a disgustos serios.



Todo es útil en el mundo. El dinero, los guardias de orden público, las camisetitas, las cupletistas y los boliches de la cama. Ahora, que hay que saber dar la justa aplicación a cada cosa. En la Finlandia del Norte se han estatuido unas enseñanzas prácticas, que son la última palabra, y sumamente útiles desde el principio hasta el fin. Por eso del fin es por lo que decimos lo de la última palabra.

Apenas el niño ha nacido — antes no, porque comprenderían la inutilidad del esfuerzo educador —, le enseñan la utilidad del ama de cría, y, según va desarrollándose, el modo de meterse los dedos en las narices, de hacer novillos, de fumar el primer pitillo, de tener el primer lio amoroso y de jugarse unas monedas a la ruleta. Así se aspira a que no desconozca nada: desde el arte de empeñar con equidad y aseo, hasta la fabricación de ungüento para los sabañones.

Después, la inclinación de cada uno le conducirá a la profesión o vagancia que desee. Entre los niños finlandeses más aplicados figura el joven Oto Larin Gólogo, que ha escogido la profesión de socio del Casino, y ha hecho brillantes ejercicios, consistentes en permanecer tumbado en un sillón de mimbre tardes enteras. El joven Oto Larin Gólogo tiene un porvenir brillante al carbono que asusta.



¿Qué es la neurastenia? Nadie ha podido definirlo hasta ahora, aunque se han hecho repetidas investigaciones en conejos, mirlos y bomberos de servicio en teatros.

Unos, como el sabio Philios Fas, dice que es de gravedad suma, y sigue — vamos, que sigue diciendo lo mismo —; y otros, como Norbert Nefas, opinan lo contrario: que es una tontería. Es decir, que, por Fas o por Nefas, no sabemos



Dib. BENO. — Madrid.

— Si llego a suponer que estaba tan alto, me traigo los prismáticos.



nada. Sabemos, sí, que la neurastenia sirve para hacerse el loco cuando uno quiere; para que la familia le deje tranquilo; para que no le molesten los acreedores, y para que el trabajo no le chinché al que se declara neurasténico del todo.

— Fulano está neurasténico — se dice; y apenas corre la voz (esto de correr *La Voz* lo hacen los vendedores a las ocho y media de la noche), todo el mundo se compadece de Fulano, y éste se sopla una vida principesca.

Es cosa de sentirse neurasténico de vez en cuando.

\*\*\*

¿Saben ustedes quién fué el primero que mojó pan en las salsas? ¿No? ¿Pues nosotros tampoco! De manera, que el que lo quiera saber, que lo averigüe.

A. R. BONNAT

#### LA POLÍTICA PINTORESCA

### Indalecio Prieto ha sido buzo y cortesano.

Una tarde nos sorprendió Indalecio Prieto declarando, en pleno salón de sesiones del Congreso, que había sido comparsa de zarzuela en sus años juveniles. Tiene Prieto, aparte otras virtudes magníficas que no suelen abundar entre los diputados, ésta de la sinceridad. Confesamos, sin embargo, que lo de la comparsaría nos pareció un poco exagerado; pero el propio Indalecio nos declaró muy seriamente que no hubo en sus palabras exageración ninguna.

— ¿No se lo había contado a usted? — me dijo una noche en la Central de Teléfonos Interurbanos —. ¡Pues, hombre, si mis tiempos de comparsa son los más divertidos que recuerdo!... Ya comprenderá usted — añadió — que en aque-

lla época no andaba yo muy sobrado de dinero. Tenía, en cambio, muchas necesidades, y para atender a ellas apelaba a los más heroicos procedimientos. Era tipógrafo en Bilbao, tomaba lecciones de taquigrafía, iniciaba mi aprendizaje periodístico, y, de añadidura, me agarraba como a un clavo ardiendo a cualquier chapucilla que cayese. Una de ellas fué la de la comparsaría. Actuaba entonces en el teatro de los Campos Eliseos una compañía de zarzuela grande. Ya sabe usted que, en las obras de ese género, los comparsas suelen desempeñar un papel importante. A mí me ofrecieron un puesto en la compañía, y no hay que decir que acepté, encantado y agradecidísimo.

— Pero ¿usted sabía cantar, querido Indalecio? — preguntamos.

— ¡Caramba, no, señor! ¡Ni falta que hacía! Figúrese que me pagaban setenta céntimos diarios... Y, vamos, por setenta céntimos no iban a exigir que yo fuese un Titta Rufo alimentado con *chipirones* y *chacoli*...

— Y ¿cómo se las arreglaba usted? Porque los comparsas de zarzuela grande suelen cantar con el coro...

— Sí, el que tiene una voz regularcilla, y no desafina mucho, sí se permite el lujo de cantar; pero el que no sabe, apela a los más ingeniosos procedimientos para salir del paso. Eso era lo que hacía yo.

— ¡A ver, a ver, explíquese!...

— ¡Si es sencillísimo!... Yo salía a escena en *Marina*, por ejemplo, descalzo, con mis pantalones remangados, mi blusa que olía a alquitrán, mi cachucha de hule, mi barba enmarañada y mi pipa entre los dientes. ¡Un lobo de mar, créalo usted!... Bueno; pues cuando llegaba Jorge y nos preguntaba aquello de «*Marina, ¿dónde está?*», para que todos le contestasen unánimemente, como si se hubieran puesto de acuerdo: «*Por tu feliz arribo, al templo se fué a orar*», yo no respondía ni una palabra. Me limitaba a abrir un palmo de boca, a llevarme una mano al pecho y a señalar con la otra hacia el lateral izquierda, donde yo suponía que estaba el templo.

— ¡Magnífico!

— ¡Martingalas a que había que recurrir para defender los setenta céntimos!... Eso sí: el efecto, desde el público, era maravilloso. Nadie sospechaba que yo no cantase como el mismísimo Casañas. Había espectador que, al verme con la boca abierta durante diez minutos, solía exclamar, entusiasmado: «*¡Qué bien sostiene las notas aquel corista regordete!*»

— Y ¿tenía usted mucho repertorio?

— ¡Muchísimo!... Yo he sido loco en *Jugar con fuego*, mozo del pueblo en *Curro Vargas*, pelotari en *La bruja*, revolucionario en *La Marsellesa*, cortesano en *El rey que rabió* y buzo en *Los sobrinos del capitán Grant*. Esto de ser buzo me entusiasmaba. ¡Era de ver con qué heroísmo descendía yo al



Dib. CASERO. — Madrid.

EL PINTOR. — Tenga usted cuidado con la paleta.

EL RÚSTICO. — ¿Es que también sabe usted lo de la Romualda?...



fondo del mar por la escala de cuerda, en busca del tesoro, metido en mi escafandra y defendiéndome a hachazos de los monstruos marinos!...

— ¡Sí que estaría usted bien!...

— ¡Como que le juro que había congresos y besugos del patio de butacas que, al verme con aquel aire resuelto, se iban del teatro llenos de escama!...

— Y ¿por qué abandonó usted su arte?

— Porque yo era ya un entusiasta del socialismo, y pensaba que pagarnos sólo setenta céntimos era una explotación inicua. Debían pagarnos una pesetilla, por lo menos. En ese sentido comencé a hacer campaña entre mis camaradas. Hasta que se enteró el cabo de comparas, que era un tiranuelo, y una noche me quitó el hacha y la escafandra y me puso en la puerta de la calle. Pero, janda, que bien me vengué!... Figúrese que, al cabo de los años, fui yo concejal y teniente de alcalde en Bilbao, y un buen día me tropecé con el famoso cabo, que también había abandonado el teatro y era guardia municipal, a mis órdenes. Me acerqué a él y le dije con voz cavernosa: «¡Ahora podía usted venir a quitarme la escafandra!...»

— ¡Atíza!...

— Bueno; el hombre me reconoció, y a poco le da un síncope. Ya comprenderá que yo era incapaz de vengarme del guardia. Pero él me tomó tal miedo, que renunció a su plaza. Temió, sin duda, que yo me acordara de *Jugar con fuego* y, haciéndome el loco, le diera una tunda cantando aquello de

«... el marqués de Caravaca  
saca, saca la casaca.»

E Indalecio Prieto ríe, ríe con una risa jovial que ilumina su ancho rostro de canónigo... o de emperador romano, que es la comparación que a él más le gusta.

TARTARÍN

## Recuerdos expresivos de un viaje hidroterápico.

### LA TOMA DEL AGUA

Principiaba a amanecer cuando me despertó la voz de la patrona, que, por lo poco argentina, me hizo deducir que aquella señora no había estado ni siquiera quince minutos en la República del Plata.

— ¡Arriba, señorito, que ya es tarde! — repitió dos o tres veces, golpeando la puerta con brioso empuje.

Yo, que, desengañado por los tristes sucesos de nuestra Historia, no creo en la eficacia de los *levantamientos* (sobre todo cuando de abandonar la cama se trata), di media vuelta a la derecha, con el firme propósito de seguir durmiendo.

La consabida voz de tiple cómica, acompañada de los correspondientes gallos que en el corral saludaban al Sol, llegando hasta el «si», impidióme toda posible reconciliación con el reparador amigo *Roque Morfeo*.

Malhumorado, hube de tirarme de la cama, y, a tientas, estuve buscando por toda la habitación la silla y la cazuela que me servían de improvisado palanganero.

Me lavé lo que pude, como pude, y pedí el desayuno.

— Antes del chocolate tiene usted que tomar el agua — me dijeron.

— Perdona, señora — repliqué —. La costumbre es tomar siempre el agua después del chocolate.

— Eso será en su tierra. Aquí, en el balneario, no.

Recordé entonces la advertencia del médico.

La patrona tenía razón sobrada.

El agua sulfurosa ha de tomarse en ayunas.

Resignado, salí del pueblo, y, bordean-

do la vía férrea, seguí el largo camino que al manantial conduce, distraído en la contemplación inocente de las vacas rubias que pastaban pacíficas junto a las traviesas.

Los agüistas, caminando en opuestas direcciones, extendíanse como hormiguero humano por la angosta vereda.

Nadie allí se conocía. Todos, sin embargo, se saludaban al pasar cual si fueran amigos.

Esta pródiga cortesía para con el prójimo es otro privilegio exclusivo de los campos.

Junto a los muros que se alzan a la entrada del establecimiento hidroterápico, numerosas viejas, pertenecientes al gremio inextinguible de mendigos cobistas, sentadas en el suelo, dedicanse al lucrativo recurso del piropro.

Por un *patacón* se echan allí más flores que en Niza o Valencia los días de batalla.

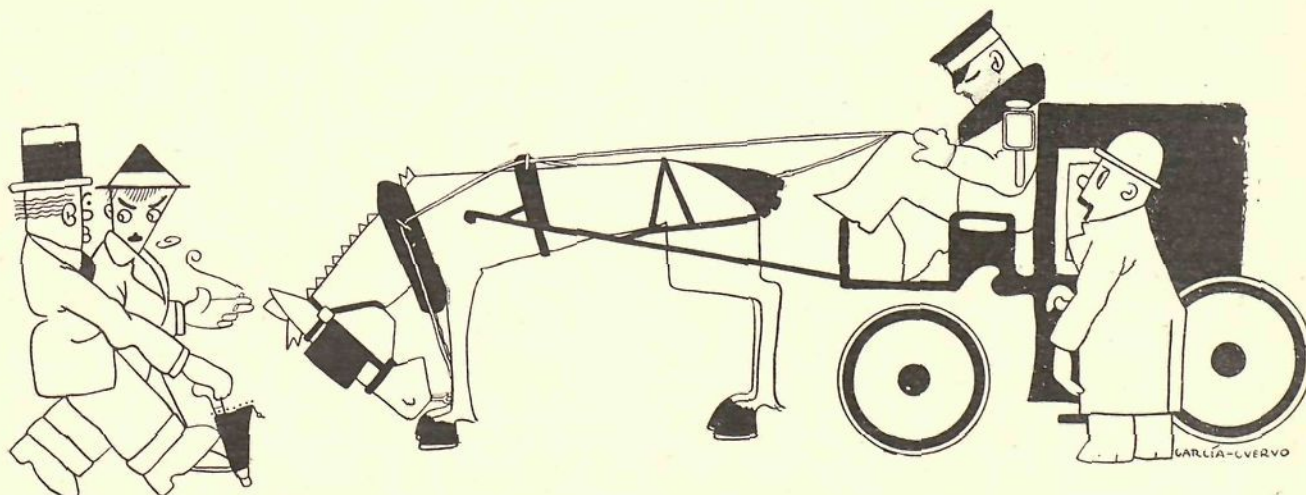
Llegamos, por fin, al manantial. Situado en la hondonada de un sencillo pabellón que circundan fuertes verjas de hierro, produce a primera vista la triste sensación de un presidiario a quien la ingrata Humanidad recompensa con el cautiverio su piadosa misión de dar salud.

Aquello, más que manantial, parece una presa.

Un fuerte olor a huevos cocidos arruga hasta el acordeonamiento nuestra sensible pituitaria.

El cariño irresistible que a la pelleja profesamos nos obliga a avanzar heroicamente.

La encargada de la fuente, una joven rubia, poco aseada, pero sí muy curiosa, nos sirve el líquido saludable, después de saludarnos con locuacidad efusiva y de exigirnos el pago de dos duros más por escribir nuestro nombre en una papeleta azul que nos entrega, luego de formular el siguiente interrogatorio:



— A mí me ponen los callos a la andaluza; ¿y a usted?  
— Pues a mí me ponen de muy mal humor.

Dib. GARCÍA CUERVO. — Madrid.



DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

## EL VICIO DE COMER

Antes, la necesidad de comer era ineludible e inaplazable: podía uno resistir sin comer dos días, tres, hasta cinco quizás. Pasados estos cinco días, nuestra débil naturaleza se rendía a la inanición. Pero hoy, quizás por consecuencia de las teorías de Einstein sobre la relatividad, nuestro Sr. García Molinas, paladín de los Comedores de Caridad, ha demostrado que se puede vivir sin comer, aunque, mejor dicho, no lo ha demostrado, sino, más bien, lo da por demostrado y fehaciente.

Sírvanos de ejemplo este caso sucedido, de una comicidad trágica y vergonzosa.

El señor X tiene necesidad de comer a primeros de agosto, ya que la necesidad de comer existe tanto en agosto como en octubre, y en Zarauz como en la Patagonia. El señor X no tiene con qué comer. Ha vuelto la cabeza a todas partes, sin resultado apenas. El señor X es pobre, y, lo que es peor, es pobre vergonzante, porque a ello le han llevado las mudables circunstancias de la vida.

Por fin, un día, el señor X obtiene una carta de recomendación para que le admitan en los Comedores de Caridad. Se apresura, creyendo tener en esa carta el sésamo salvador. Hay que advertir que el señor X es un hombre ingenuo. Le hacen volver al día siguiente. Al día siguiente el señor X vuelve, creyendo que sólo la dilación de un día le espera para saciar su estómago. En vez de darle de comer, le dicen que escriba su nombre, edad, profesión, pueblo natal, provincia, religión, renta anual y número de la cédula. El señor X, que, como restos de su esmerada educación, posee una hermosa letra inglesa, escribe todo esto y pregunta después:

— ¿Cuándo podré comer?

— Venga usted dentro de tres días.

¡Tres días aún! Tres días largos en que el señor X, para no perder la costumbre de comer, da unos cuantos sablazos.

El tercer día le amanece en un banco del Prado, y el señor X, que es un optimista, silbando alegremente, se acerca, a la hora de comer, a los Comedores de Caridad.

— ¿Qué desea usted?

— ¿Yo?... Como me dijeron que viniese dentro de tres días...

— ¡Ah!... ¿Es usted el señor X? ¡Se le dijo que viniese dentro de cuatro días!

— Perdóne usted, señor; se me dijo que dentro de tres días...

— ¡Dentro de cuatro!

— Perdóne, pero...

— ¡Dentro de cuatro, he dicho!

— Sí...

— Está bien. Me va usted a obligar a buscar su ficha.

Al cabo de un rato vuelve el empleado



— ¿Ha dicho usted treinta pesetas del ala?

— ¡Y de la copa!...

Dib. MATEOS. — Madrid.

— ¿Cuántos baños piensan tomar?  
— Siete. Los que el doctor indica.  
— ¡Bah!... ¡Si van ustedes a hacer caso al médico!...

Nos sorprende en un principio sinceridad tan extraña.

Pero al fijarnos en el escaso número de órganos visuales que tiene, lo comprendemos todo.

La infeliz no ha visto el mundo más que por un agujero. El izquierdo brilla por su ausencia.

Más tarde averiguamos que es casada y que está en visperas de ser madre, lo cual no nos choca.

Después de todo, tenía derecho.

— ¿De qué clase quieren ustedes los baños? — prosigue, amable, la preguntona —. ¿De primera, de segunda o de tercera?

— Los de primera, ¿qué valen?

— Diez reales, señor. Son los más convenientes, porque en ellos va compren-

dida el agua y una boa toalla para secarse.

— ¿Y los de segunda?

— Esos cuestan una peseta cincuenta céntimos; pero *non lle ten conta*, señor.

— ¿Por qué? ¿Es peor el servicio?

— *Moito* más malo.

— ¿Qué dan?

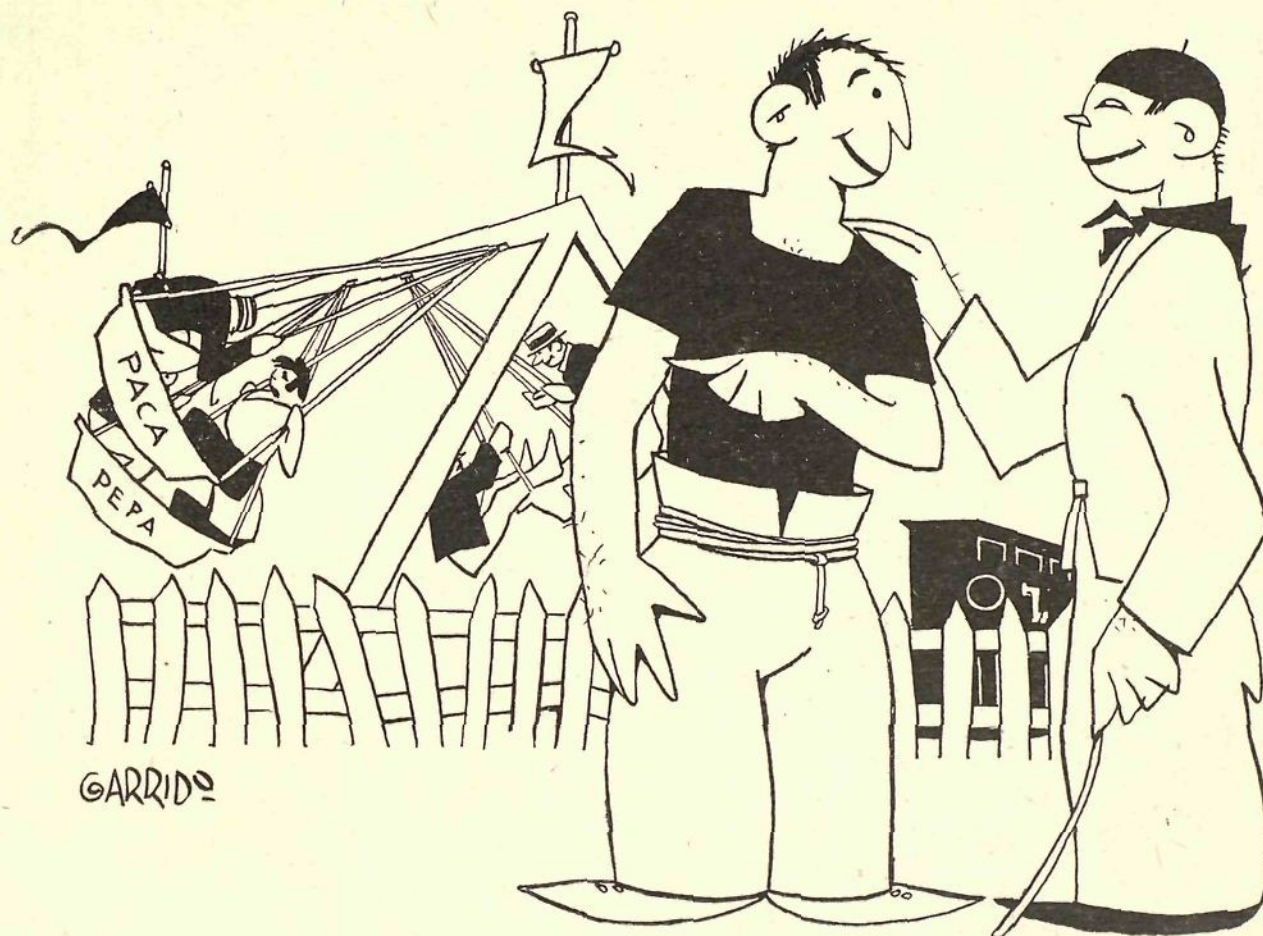
— El agua sólo.

Suponiendo que, a juzgar por la rápida escala descendente, en los baños de tercera no entraría ni aun el agua, atendimos presurosos el cauto consejo de la Samaritana curativa, decidiéndonos desde luego por los de diez reales, que nos costaron a tres pesetas, debido a que los bañeros de la casa, *jorobados* de tanto trabajar, cobran cero cincuenta por derechos.

¡Oh eterna y cruel paradoja!

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.





— Pero ¿por qué dejaste el destino de la estación?  
— Porque me he venido aquí de jefe de movimiento.

Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¡Señor X!  
— Servidor.  
— Tiene usted el número veintisiete de la tercera mesa en el comedor de pobres vergonzantes.  
— ¡Ah!... ¿Sí?... ¿Es verdad?...  
— Esta es una oficina seria...  
— ¡Claro que sí! Perdóneme. ¿De modo que tengo un sitio en la mesa?...  
— ¿No se lo he dicho a usted?  
— Perdone; es que creo que estoy soñando... Según eso, si tengo un puesto en la mesa, podré comer.  
— ¡Naturalmente!  
— ¿A qué hora se come aquí?  
— El horario marca de doce a una y media.  
— ¡Oh, fortuna! Entonces, ¿puedo comer ahora mismo?...  
— ¿Qué dice usted?  
— Eso..., que podré comer..., ¿no?... Si son las doce y cuarto...  
— Pero ¿no sabe usted que los comedores de pobres vergonzantes no se abren hasta el quince de octubre?  
El señor X se desvanece. Juraría que

ha sido juguete de una ficción. Que todo aquello es un sueño.

— Ya lo sabe usted, ¿eh?... El número veintisiete de la tercera mesa...

He aquí como el señor X tiene que esperar dos meses todavía para comer, según esta novísima teoría que el señor García Molinas, paladín de los Comedores de Caridad, da por demostrada y fehaciente.

Ya que el Sr. García Molinas hace con una firma que los pobres no coman hasta mediados de octubre, debía, con otra, hacer que los pobres vergonzantes no tuviesen hambre hasta ese día, o, por lo menos, buscarles un sitio donde ir resistiendo hasta que se abran por un mes los Comedores. Pero, es lo que dirá el Sr. García Molinas, mientras se anuda al cuello la servilleta:

— No es conveniente llenar mucho el estómago.

Frase que es como un himno a la forzosa sobriedad de los españoles...

José LÓPEZ RUBIO.

## — LAS COSAS DE LOS TEATROS

### UN DRAMA INÉDITO

Recibimos de un artista novel el siguiente proyecto de drama, que, por su originalidad e interés, no vacilamos en dar a nuestros lectores. Nosotros no somos partidarios de cerrar la puerta sistemáticamente a los escritores que prometen.

Como podrá apreciar el lector, la obra maestra que a continuación publicamos está escrita en prosa, pero viene en verso. Nosotros creemos que hasta se le podría poner música.

Dice así el original recibido:

#### Idilio entre artistas.

DRAMATIS PERSONÆ. — Actriz de hermosa presentación, rubia, joven (?) y hasta guapa. Otro personaje: actor de



apellido mitológico. Es el lugar de la acción un pueblo de por Castilla cuyo nombre se olvidó.

Ella muéstrase enfadada, y él está de mal humor.

Diálogo en tono brillante al levantarse el telón:

— Eres una tía marchosa.

— Tú eres un fresco, galán; y estoy hasta la corona, y ya no puedo aguantar. No te sabes los papeles y acudes dormido a las funciones, y no hay me-neo porque son tontos no más (1).

— Eres una mala cómica. Crees que con postinear y decir cuatro gansadas y acurdarte eres genial.

— ¡Andáte lejos, grosero! ¿Es que quieres comparar? ¡Si te pego el gran guantazo, te vuelvo loco no más!

— ¡Colchón!

— ¡Granuja!

(1) Con marcado acento 'americano'.

— ¡Antipática!

— ¡Mal bailarín!

— ¡Desgraciá!

Sigue el diálogo brillante, y alguien viene a poner paz, y los contendientes marchan injuriándose a la par.

ACTO SEGUNDO. — La escena en una fonda del pueblo. Ella está desmelenada, y él tiene encrespado el pelo. Los vestidos en desorden; sillas, mesas por el suelo.

El artista mitológico tiene el aire descompuesto de un galán enamorado que da marcha a su tormento. Hay un alto en la batalla y un instante de silencio. De pronto la dama rompe en gemidos lastimeros, doliéndose de los golpes que en gran cantidad acardeñan su cuerpo.

— La culpa la tengo yo, por tratarme con flamencos; pero ¡mal rayo me parta!, si esto no acaba al momento.

## BUEN HUMOR

Toma la dama coraje, mientras se mesa el cabello; coge una silla, y... la arroja sobre el galán con denuedo...

Se reproduce el combate.

¡Y acaba el idilio tierno con la llegada de un guardia, del fondista y del sereno!

\* \* \*

Del epílogo del drama, sólo una escena diremos: Cuando pasó el primer tren, huyó el artista del pueblo... La dama quedó perdida, sus desventuras gimiendo.

Hasta aquí el romance de ciegos que nos envía el espontáneo a quien nos referíamos. El sentido oculto que ello pueda tener, nuestra probadísima discreción nos impide desentrañarlo.

A nosotros no nos gusta meternos en historias de nadie.

## MOVIMIENTO ARTÍSTICO

Aunque nuestro propósito es no convertir esta sección del periódico en una serie de gacetillas que, generalmente, suelen ser de pago, por la importancia artística que tiene y por su interés, daremos a nuestros lectores la noticia de que una razón social muy conocida en el mundillo teatral se ha disuelto. Parece que pequeñas diferencias de criterio han aconsejado esta separación, que lamentamos.

JOSÉ L. MAYRAL.

\*\*\*\*\*

## Discos de gramófono.

### EL TÍO FRASCO

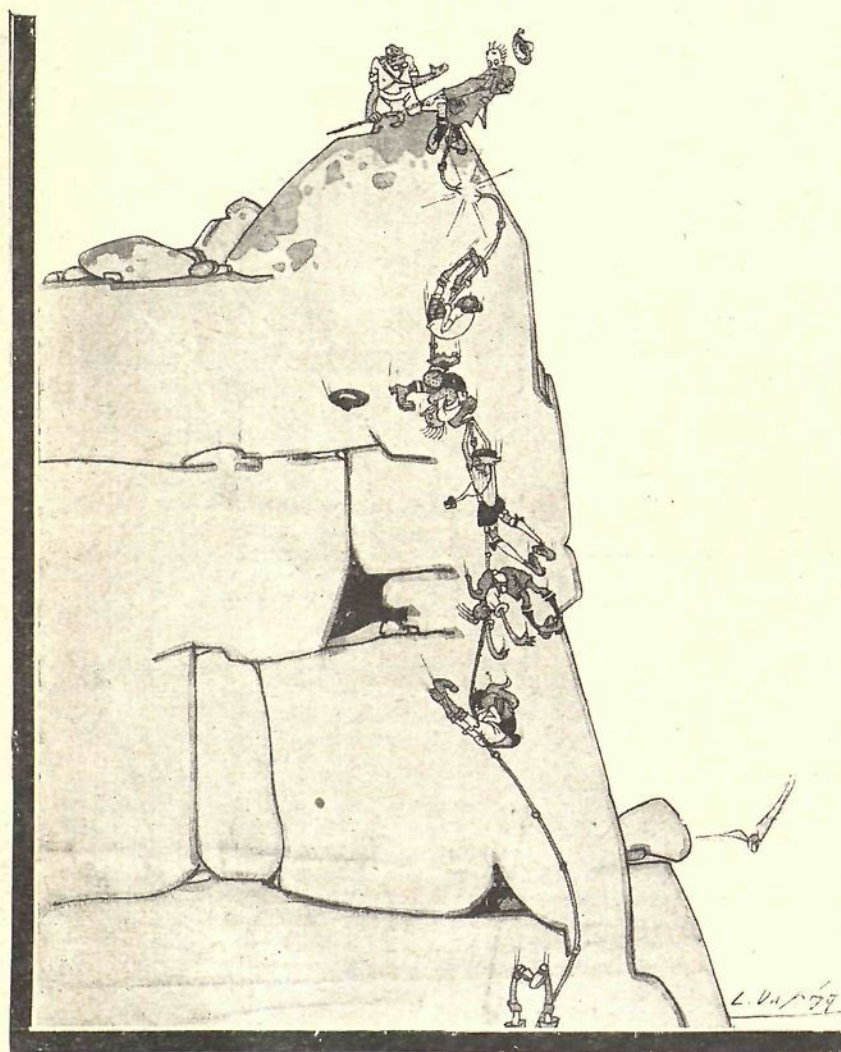
(Visión andaluza impresionada por Manolito Cambriles para la casa Pérez Frères, Hermanos.)

Era el señor Frasquito, o el tío Frasco, como en la serranía le llamaban, un gitano que lo mismo se tocaba unos polos o unas jaberías, que acompañaba a una moza juncal unos pasitos por panaderos, que se distraía vendiendo una reata de mulas, sin más guía que el haberlas afanao.

Hecho con estos renglones el retrato del tío Frasco, oigámosle de platicá a la puerta de su cubil con el señor Manolo el Garnacha, otro gitano puro, veinte años más joven que él.

— Compariyo, le digo a osté que estamos pa merá. Me estoy ya figurando que er domingo, y hoy es sábado, me van a salí telaraña en la campaniya. No crea osté que me chufleo: ¡ca ve que estornúo echo una porvarea po las fosas narigales tan disforme, que pongo en movimiento toos los molinos mecánicos de seis leguas a la reonda!

— ¡No desagere osté, tío Frasco, que tie osté unos piños capaces e mastica er Girardiyo!



Dib. DURAN. — El Escorial.

— ¡Bueno! Vayan descendiendo con mucho cuidado y sin precipitarse.



— ¡Naturá! Más fuertes están que piedras e molino. ¡No ve osté que los probéticos no han trebajao nunca! Pero si dende hase una semana dormimos en un cajón e pasa los sinco que semo e familia.

— ¡En un cajón e pasal Miosté: la Grabiela y yo sornivelamos ya va pa un año en un columpio. Semos más esgrasiaitos que er barro de jasé escupiores. Si estaremo en las últimas, que queremos vendé er ruchiyu aquel que le jasia a osté tanta grasía.

— Y ¿a quién no le jase grasía un borriquiyo que duerme en la funda e un paragua?

— No sea osté... andalú. ¿Cuánto cree osté que me han ofresío por er rucho?

— ¡Qué me sé yo! ¿Catorse reale?

— ¡Cuatro perra gorda y una cotorra sordomudal!

— Pero, compare; ¿vendía osté un animal, o una plancha e vapor esfondiyá?

— Un buchíyo más lindo que la paloma azú, con un pelo negro tan sedoso, tan risao, con unas orejas, con un mirá tan durse y cariñoso, que si osté lo ve se le sartan las lágrima. Mi burro es un güen moso, mejorando lo presente. Lo que pasó es que conosieron la necesiá... que tenía er pobretico animá.

— Me parese, compariyo, que desagera osté: efeto der cariño.

— ¡Qué voy a desagerá, si es casta inglesa! Con una liebre me lo juego a corré.

— Y ¿cuándo lo ha querio osté pignorá?

— Esta mañana. Ascuche osté. Sali de la chosa caminiyo e Seviya, disiéndome: En cuanto pula er animaliyu merco una casa e campo y a vivi e mis rentas. En estas reflexiones allego en casa de la Respangalá, y cuatro o sinco arrieros, que estaban tomando la mañana, diquelaron la joya que llevaba yo der ramá. Verlo y quererlo comprá fué visto y no visto. Uno de los arrieros, que de seguro es ese tío gordo que se enseña en una barraca en la feria e septiembre, va y se amonta en er borriquiyo, y dambos a dos animale roaron por la carretera.

— Osté se tie la curpa. ¡A quién se le ocurre queré vendé un animal, que, pa que sepan que es burro, tie osté que rebusná por éll...

— Ar tío bruto que amontó en er burro le eché una maldisió, que, como le caiga, se tie que ve como los cubos e los posos, que bajan ajorcaos y suben ajogaos.

— No es pa tanto, tío Frasco; lo que debe osté pensá es que le embarsamen er borriquiyo y se lo monten en platino, pa lleválo de dije en la caena der reló... cuando lo saque osté der Monte.

— ¿También te va a caneá tú, pimpollo?

— Ha sío una chansa, compariyo.

— Po yo te juro que er payo aqué tie



SALUDO DE CIRCUNSTANCIAS

Dib. CYRANO. — Madrid.

— ¡Adiós, Abd-el-Kriminal!

— ¡Salud, Hindemburguete!

que verse más gordo que un canónigo corto de vista, lleno e juanetes y sin un metal.

— Dejemos ahora a los animales y vamos a platicá de mi asunto. He venio pa poné en su corto conosimiento que mañana es «el sentenario de la nati-sión de mi nietesiya», y como va a cumplí un añiyo, queremos que haiga un poquitíyo de cante grande, y mos habemos acordao de osté pa que se allegue un rato a tocá.

— Iré; pero te alvierto que estoy más triste que un Debé en Jueve Santo, y que no voy a podé puntearme por alegrías.

— En cuanto que se tome osté dos cortaos de mansaniya, toca osté jasta er himno de Riego.

— No pregone osté eso de la bebía, que, como lo güela mi Grabieliya, vi a tené que tocá a defunto.

— Pos díquiá mañana..., y que no mos jaga osté rabona.

— Habiendo bebía, segurito estoy de que vi a ensoñá con un cañaverá e cañas e mansaniya.

✂ ✂ ✂

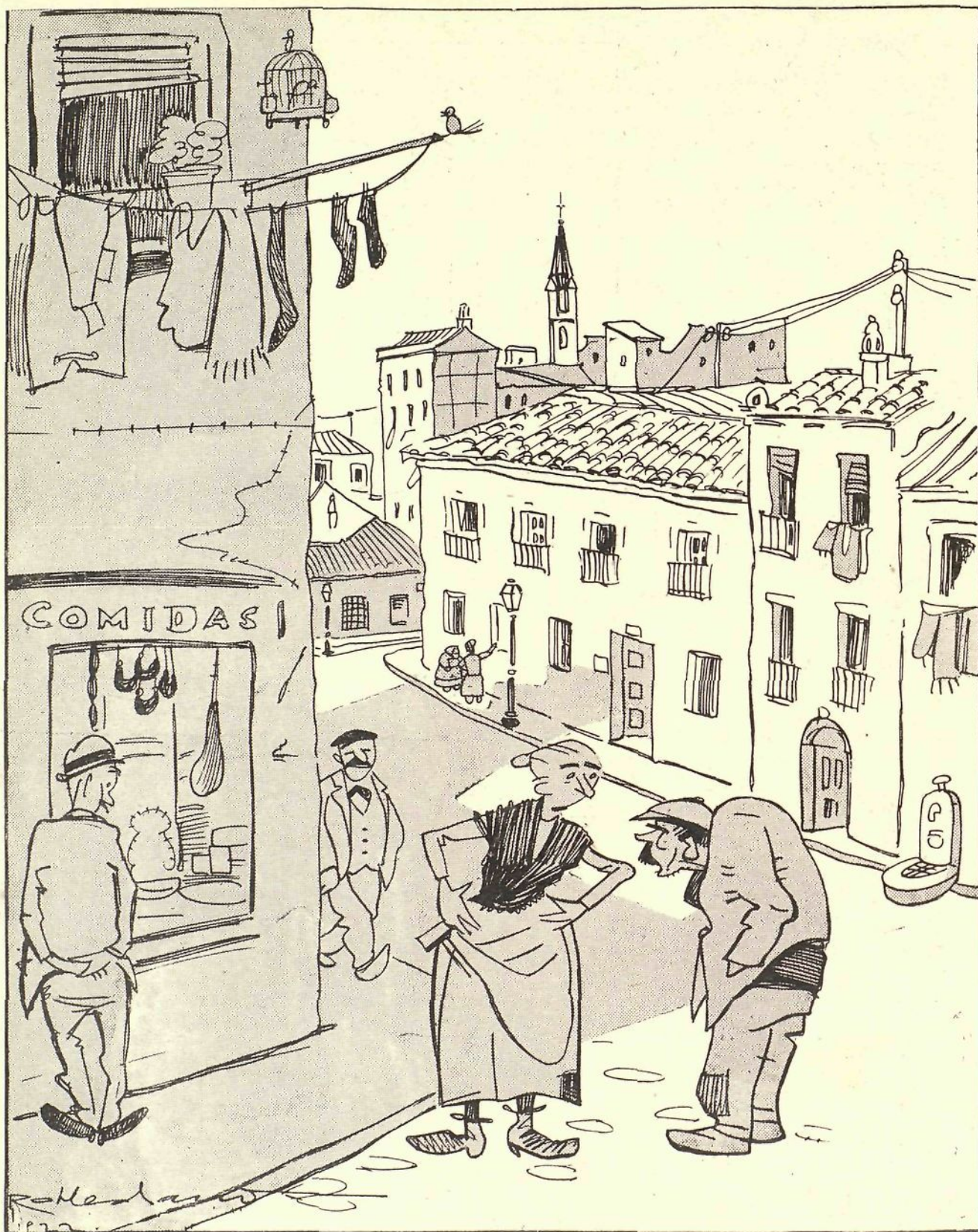
El compare se fué carretera adelante picando una colilla de puro con un coraplumitas de catorce muelles, y el tío Frasquito se metió en su cubil más alegre que una corrida de Beneficencia (¡cuando eran alegres las corridas de Beneficencia!), y cantando bajito la siguiente seguidilla que hubo de popularizar el señor Manuel Molina, natural de Sanlúcar de Barrameda:

«Te veas, por esaborio,  
como jaco de gitano:  
con el pellejo curtío  
y sin dengun güeso sano.»

Por la aguja del gramófono,  
que no sabe firmar.

TORRES-ASENJO



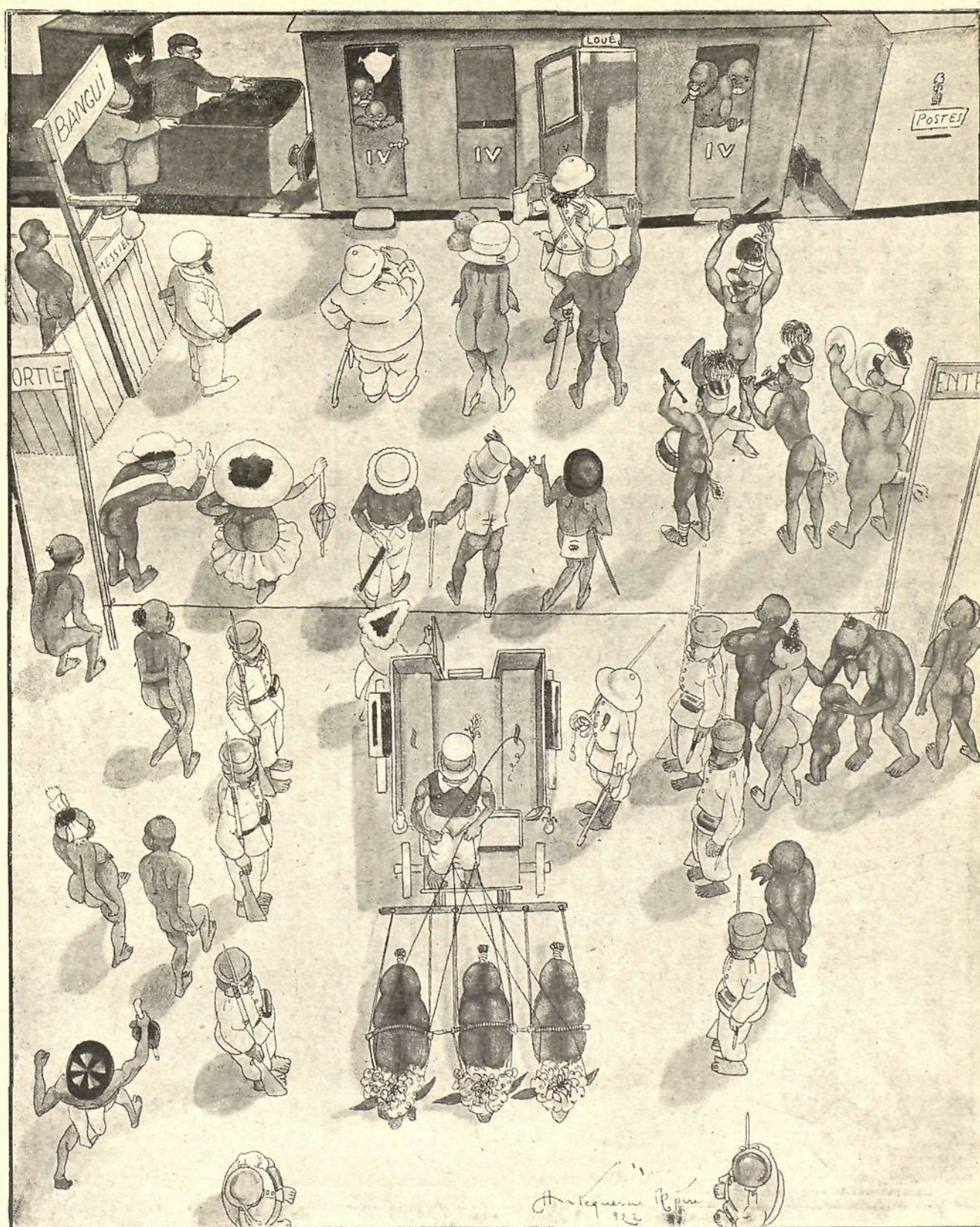


IRONÍA

— ¡Y que vuelvas pronto a casa..., y derecho!...

Dib. ROBLEDANO. — Madrid.





VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE AÉREO

Dib. ANTEQUERA AZPIRI. — San Sebastián.

VI. — Recibimiento hecho en el África ecuatorial al gobernador de una colonia.

Ayuntamiento de Madrid



PARA TODOS LOS LECTORES DE "BUEN HUMOR"

## CARTA ABIERTA

Muy señores míos, muy señoras mías y muy pollitos de ambos sexos y de mi más distinguida consideración:

Esta carta abierta va dirigida a todos los lectores que alojan semanalmente cuatro perros gordos, exentos de hidrofobia, buscando en las páginas de este semanario un poco de solaz y honesta diversión... Perdónenme que no les escriba particularmente a cada uno; pero el hecho de no tener las señas de todos ustedes me imposibilita de hacerlo, aparte de que yo estoy ya tan escamado de los líos de los Gobiernos con el Cuerpo de Correos, que he jurado no escribir cartas en cuatro años, aunque vea ma-

ñana mismo a Sánchez Guerra y a La Cierva dándose besos frenéticos con los jefes de Negociado cesantes, con los ambulantes arrojados ha poco a la vía pública (mejor dicho, a la vía privada), y con los carteros rebeldes, y jurándose amor eterno con el Comité de la última huelga a la vera de los buzones de provincias, con una mano puesta sobre el corazón y con la otra sobre una saca de correspondencia de esas en que la polilla ha empezado a hacer de las suyas...; porque, digan lo que quieran los comunistas, *la hora del reparto* va a tardar en llegar un rato... (por lo menos, en la Casa de Correos...)

Esta carta abierta, que confío en que no se perderá, la estimo oportunísima en el momento de reanudar en este semanario mis tareas, bruscamente inte-

rrumpidas hace mes y medio por motivos de salud... y pesetas..., que a su tiempo referiré, y deben leerla todos los que lean BUEN HUMOR, pues a todos les interesa, sean ministros, sacerdotes, bailarinas, pollos *bien*, guardias de orden público o viudas desconsoladas. Los únicos que no deben hacer caso de esta carta son los que no sepan leer, aunque, si se empeñan, no tengo inconveniente en que se la lea un amigo...

¡Y vamos al grano!...

Desde que yo tengo el elevado honor de elaborar prosa con todas mis fuerzas en las columnas de este periódico (¡cuya vida guarde Dios muchos años!), vengo recibiendo una serie de misivas en las que se me elogia (¡muchas gracias!), en las que se me pregunta si tengo algo que ver con el licor del Polo de Orive (¡no, señores; y lo siento, porque es un líquido que produce más dinero que la literatura), en las que hay algunas en que se me amenaza de muerte (¡socorro, guardias!), y en las que hay otras en que se me dice que tengo menos gracia que Chicote (¡hombre, yo creía que, por lo menos, tenía la misma que él, y me parece que es modestia por mi parte!...).

Y como todo se ha de decir, he recibido también cartas incendiarias de mujeres en estado pasional incandescente, que me invitaban con un paraíso..., y no de los del teatro Real, sino de los embriagadores en que el amor reina con sus delicias... Una profesora de piano me ha escrito que tendría un gran honor en tocarme una sinfonía; una mecanógrafa me ha hecho saber que, si yo quiero, nos marchamos a Alemania sólo con la máquina (¡señorita, hay que añadir un vagón de primera, por lo menos!); una cupletista principiante me afirma que yo soy el primer hombre que la ha quitado el sueño (¡no sé nada de eso, que me registren!); otra cupletista *acabante* me dice que, o la amo, o toma cocaína en dosis de a medio kilo; y una literata de treinta y dos años me asegura que, si no le doy alguna esperanza, se fumará un puro de la Arrendataria, y entregará su alma a Dios pronunciando mi nombre, lo que me hace temer que voy a quedar en ridículo en las celestes regiones...

Todo esto significa que la insignificante labor que estoy realizando en este periódico, y que es mucho menos meritoria que la de las gallinas, que ponen huevos y no los firman, y que la de los escarabajos peloteros, que hacen bolitas y no presumen; esta labor, repito, ha despertado la curiosidad de mis lectores, y tanto los que me admiran (¡bendito sea su padre!) como los que me desprecian olímpicamente (¿cuándo quieren ustedes tomar café conmigo?), se han propuesto saber quién soy yo y en virtud de qué derechos escribo en BUEN HUMOR con una persistencia que está pidiendo a voces la intervención de la Guardia civil y casi casi la del verdugo de la provincia...



APROVECHANDO LA OPORTUNIDAD

Dib. BLAY. — Buenos Aires.

- Mamá, ¿por qué han cortado los brazos a esa señora?
- Para que no se metiera los dedos en la nariz.



Voy, pues, a complacer a los curiosos, y a hacer una sucinta relación de los méritos que reúno y que han hecho que se me considere en esta casa como persona grata y como colaborador inofensivo.

En primer lugar, soy un escritor barato... ¡Tomado por horas, resulto a diez céntimos hora..., y los productos de mi ingenio alcanzan una economía que asusta..., a mí el primero!... Claro es que cobro poco; pero cobro siempre: si el público me aplaude, cobro..., y si algún lector me pega, cobro también...

No soy bolchevique, principalmente porque no sé lo que quiere decir esa palabra..., y hasta que algún alma caritativa me la traduzca, seguiré lo mismo: bueno, gracias...

Soy amigo de la infancia de Luis de Oteyza, y, cuando éramos chicos, era yo mucho más valiente que él... Hoy es viceversa...

Pérez Zúñiga me llama de tú... Yo a él no le tuteo, por la diferencia de edades: yo tengo veinte años, y él treinta y dos...

Franco Rodríguez me obsequió con un puro de a dos pesetas a mediados de abril del año 1902... ¡Entonces ya fumaba yo, a pesar de mi temprana juventud!...

Conozco de vista a Maura...

No soy socio del Ateneo...

Nacional II me va a brindar un toro la temporada que viene...

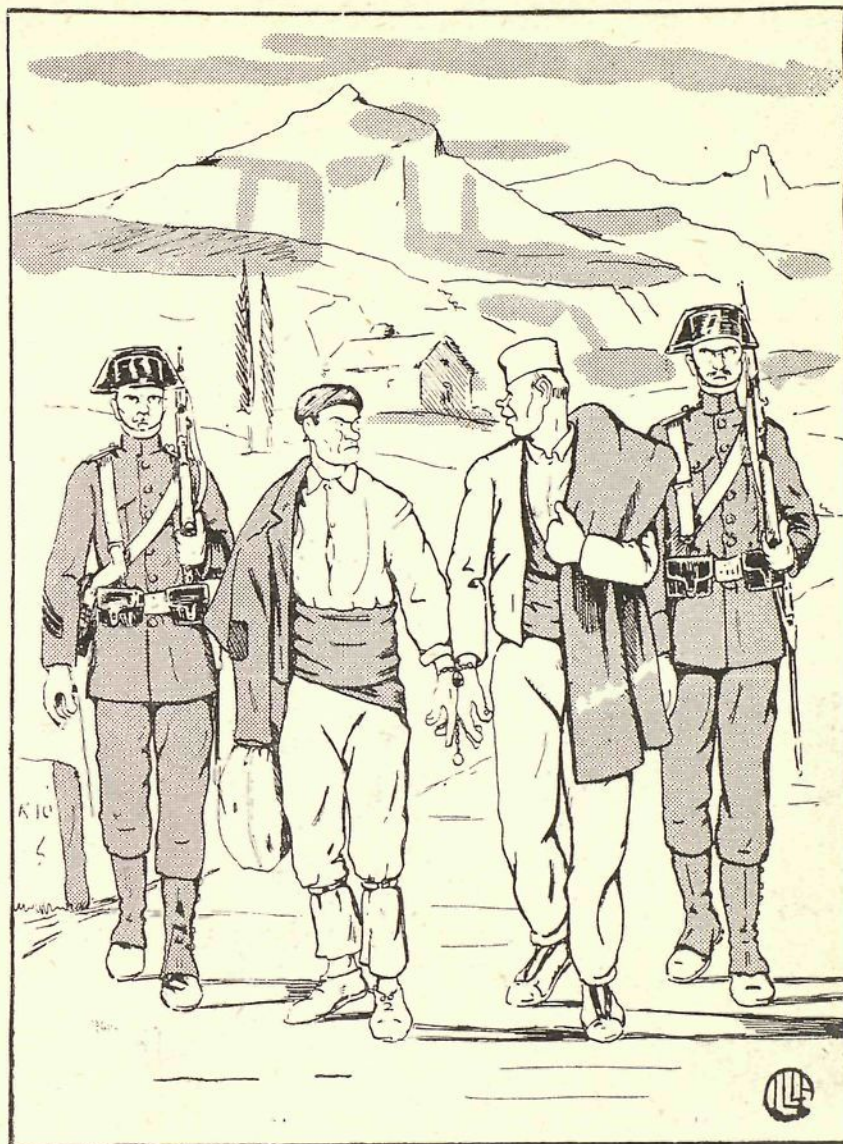
Soy autor de varias zarzuelas extraordinariamente aplaudidas por la *claque* en varios teatros de Madrid, y de una revista estrepitosamente silbada por el público... De aquella fecha data una ligera sordera que padezco y que cada vez que cambia el tiempo me pone imposible, hasta el extremo de que me pide un amigo cuatro duros y no oigo ni palabra.

Hubo una época en que estuve a punto de ser visita de la casa de Romanones...; pero el primer día que fui, me dijeron que no estaba en casa, y no he vuelto... ¡Sé que estaba, y me ofendí, y todavía no le he perdonado!...

Chelito me honró con su confianza en los primeros días de la guerra europea... Debo advertir que quería que le escribiese entremeses para el Salón Chantecler... Y en vista de la mala pata que yo había tenido en el asunto Romanones, a falta de éste, hice amistad con la respetable mamá de la gran canzonetista ingenua, pues es sabido que la infame D.<sup>a</sup> Antonia tiene algo de Romanones, mirada así de pronto.

No debo dinero a nadie... ¡La principal razón es que nadie me ha querido prestar un céntimo jamás!...

Y, finalmente, conozco al dedillo la Geografía, la Historia de España, la Aritmética, un poco de Gramática (¡no mucho!), otro poco de francés (¡muy poco!) y algo de labores de adorno... ¿Hay muchos escritores que puedan decir lo mismo?...



Dib. CILLA. — Madrid.

— Yo también he sido víctima de un error judicial.  
— ¿Sí?... ¿Cuándo?  
— La vez que me absolvieron.

Creo que ahora ya saben todos mis lectores el motivo fundamental de que les dé la lata con tanta frecuencia. BUEN HUMOR necesitaba un hombre obscuro, modesto; pero algo culto, y, sobre todo, bien relacionado... Necesitaba uno que supiese poner fajas a los ejemplares y pegar sellos, por si había huelga de dependientes, y que no tuviera inconveniente en barrer el suelo y limpiar el polvo si la encargada de ese menester presentaba un día síntomas de alumbramiento.

¡Y BUEN HUMOR me ha encontrado a mí!

Esto es todo...

ERNESTO POLO.

## CINEMÁTICAS

### EL MAESTRO LUNA Y SU MADRE

Que una madre sienta adoración por su hijo y crea que es el ser más perfecto del Universo, es cosa que, por sabida, se calla. Si, además, el hijo ha logrado destacar su personalidad en cualquier orden de la vida humana, la adoración pasa a la categoría de lo que vulgarmente se llama chochez.

Pues bien: hechas estas ligeras consideraciones, comprenderán ustedes que la madre del inspirado músico Pablo



Luna, no iba a ser una excepción de la regla. A raíz del resonante éxito obtenido por el maestro con *El asombro de Damasco*, fué una noche su madre a ver la obra. Al final de los dos actos, el público, como siempre, reclamó la presencia de los autores, y Luna, con sus colaboradores literarios, se hinchó de salir a escena a recibir la ovación que su bella partitura merecía.

Terminada la representación, la madre del popular compositor salió del teatro confundida con el público, que, como es natural, emitía en alta voz el juicio que de la obra iba haciendo.

— Es preciosa — decía uno.

— Pero la música, sobre todo, es superior — añadía otro.

— Como que ese Luna tiene una inspiración macho.

A la madre de Pablo se le caía la

baba, y, por el divino papel que representaba, no se atrevía a dar las gracias a los que así hablaban de su hijo.

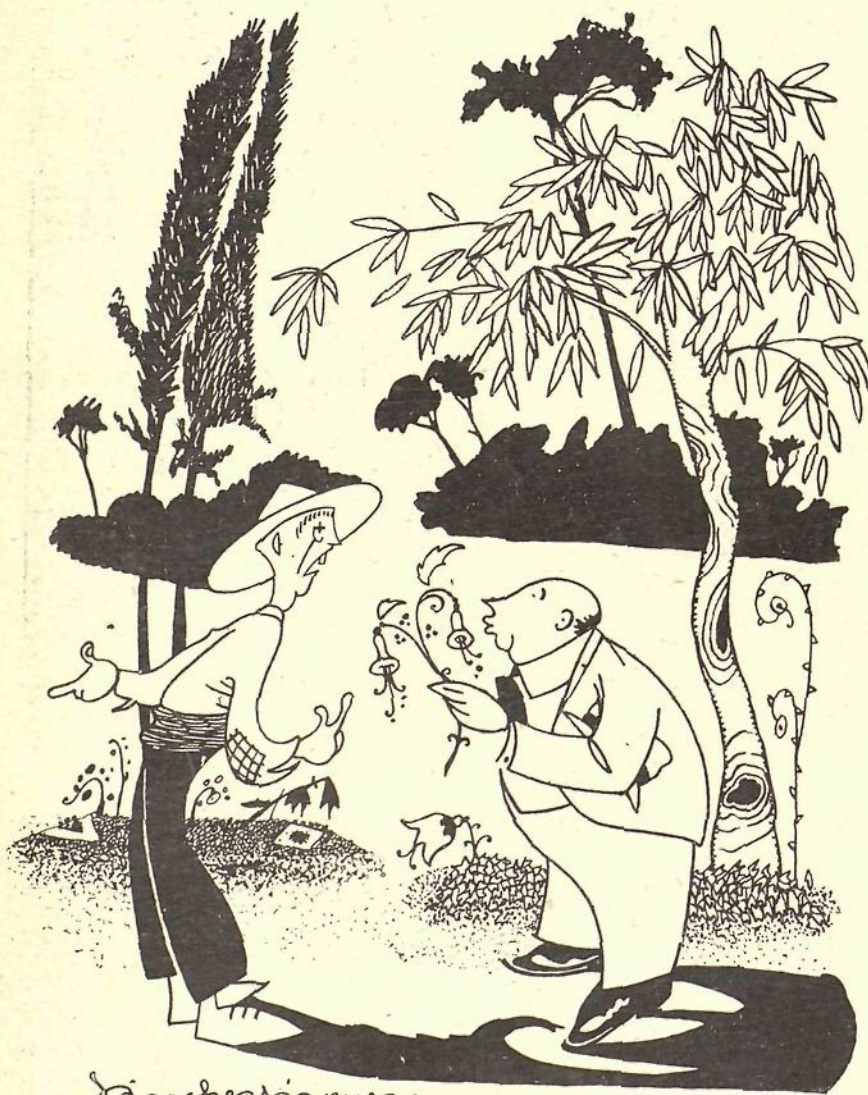
— Oye — preguntó de pronto un hombre del pueblo a un amigo —: de los tres que han salido a escena, ¿cuál es el maestro Luna?

— El bajito regordete.

— ¿Y una música tan bonita la ha escrito ese tío tan feo?

La madre, al oír aquel comentario de la hermosura de su hijo, debió de sufrir lo indecible; pero la prudencia le aconsejó guardar silencio, y así lo hizo. ¡Feo su hijo!... ¿Dónde tendaría los ojos aquel hombre?

Al siguiente día, y mientras comía el maestro con sus padres, observó que su madre no le quitaba ojo, y cuando terminó el almuerzo, vió que se le quedaba mirando fijamente.



Sánchez Vázquez

EN EL JARDÍN BOTÁNICO

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— ¿Sabe usted a qué familia pertenece esta planta?

— No pertenece a ninguna familia, señorito. Perteneció al Ayuntamiento.

— ¿Qué tengo, mamá, que desde hace un rato no apartas la vista de mí? — interrogó el gran músico aragonés.

Y la madre, que desde la noche anterior tenía clavada como una espina en el corazón la frase del hombre aquel, le respondió:

— Nada, hijo, nada; que, por más que te miro y te remiro, no me pareces tan feo.

JUAN DE LA CHÁCENA.

\*\*\*\*\*

## TITIRIMUNDILLO

*La Sociedad de Mozos de Cuerda se ha reunido en Junta general.*

*Ojo con esa Sociedad, porque no cabe duda de que tiene fuerza.*

*«Incendio en Las Rozas. Dos naves destruidas.»*

*¿Dos naves en Las Rozas? ¿Será puerto de mar sin que lo sepamos?*

*Se ha estrenado la revista ¡Es mucho Madrid!, arreglo de otra catalana titulada ¡Es grande Barcelona!*

*¿Sabe usted si el autor de ambas es Cambó?*

*Porque las dos frases le van muy bien a D. Francisco.*

*— Se ha fugado el cajero de una fábrica de gas.*

*— ¿Habrán avisado a la Policía?*

*— ¡No, hombre; a los bomberos! ¿No ve usted que se trata de una fuga de gas?*

*— Los aliados se han dirigido al Gobierno de Angora.*

*— ¿Qué han contestado?*

*— Hombre, siendo de Angora, deben de haber contestado que ¡miau!*

*El actor Manolo Paris se ha separado de la compañía de la Gámez.*

*Nos figuramos al actor despidiéndose de la Gámez y diciéndole, aunque estuviese sola: «Adiós, María, y la compañía.»*

*«Aumentan los puntos de coincidencia entre los aliados.»*

*¡Malo! Así empezó Wilson con sus catorce puntos, y aun no hemos podido levantar cabeza.*

*— ¿Ha visto usted?... Ese torero siempre sale en hombros de las plazas. Por lo visto, queda muy bien.*

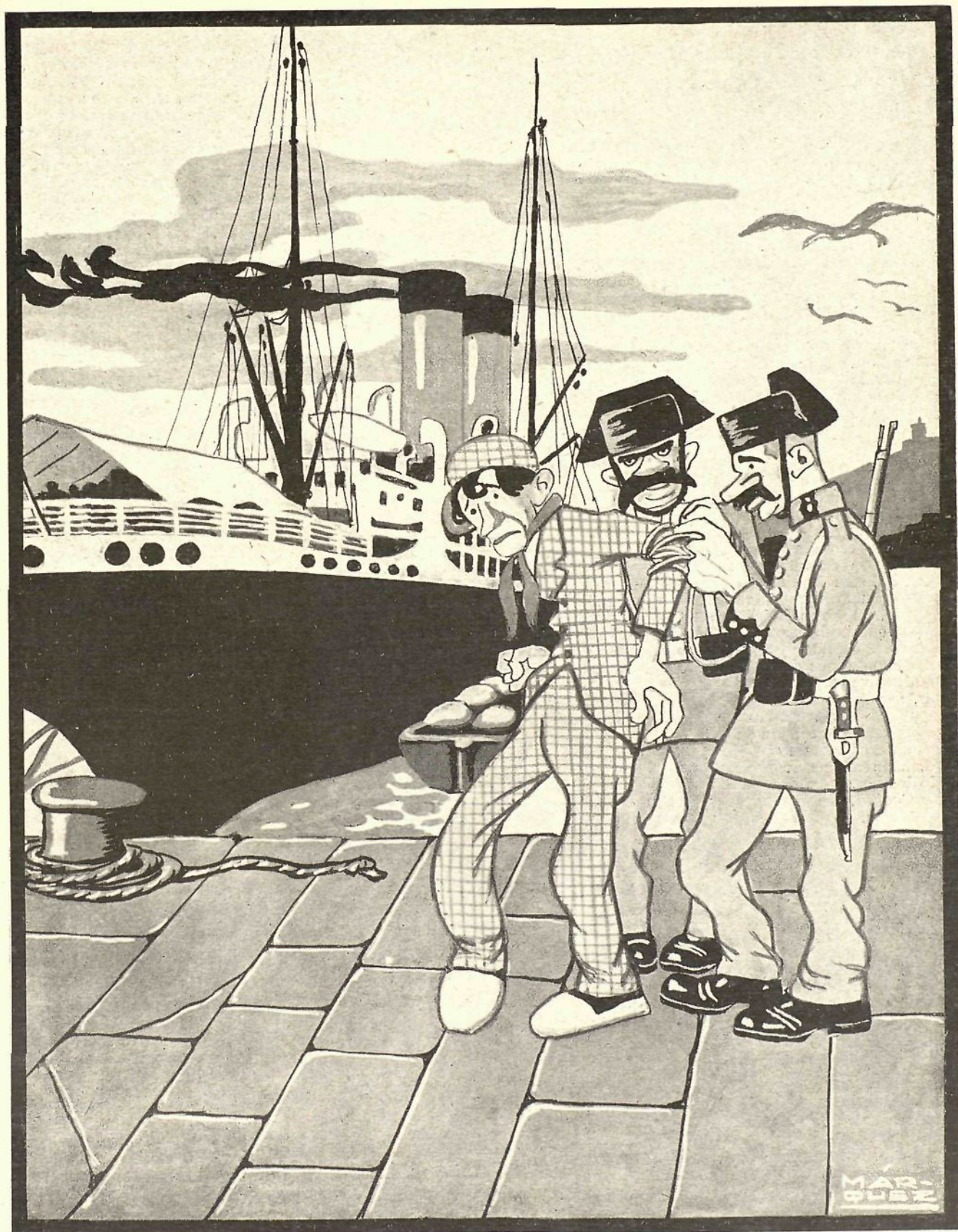
*— No; como queda es rendido de las palizas que le dan los toros. Por eso hay que sacarle a cuestas.*

*«Inglaterra, Francia y Turquía están decididas a conservar la libertad de los estrechos.»*

*¿De los estrechos nada más?*

*¡Eso; y a los gordos que los parta un rayo!...*





— ¿Por qué me amarran ustedes?  
— Porque acabas de atracar en el puerto.

Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



## PROGRAMAS

MARAVILLAS. — «CHELITO»  
Y LAS PIANOLAS

En el cartel hay letras grandes, y la butaca me cuesta más cara. Es que actúa *Chelito*. Se descorre la cortina, y hallamos convertido el escenario en una gran alcoba, gracias a los inmensos estores de gasa que sirven de decoración, tupido y aéreo *velarium* de un rosa ingenuo, que transforma el tablado en un dormitorio encantador a la hora del desayuno. Los gatos de terciopelo negro que enarcan el lomo en la embocadura, acaban de dar la sensación a un tiempo doméstica e inquietante. Sin duda, la gatita o gataza humana dueña de ese refugio se deja escoltar por los dos felinos de pupilas de oro. Aguardemos. No tardará en aparecer la beldad, que seguramente se encuentra en el baño.

Y, en efecto, surge *Chelito*; pero deslumbrante como un trozo de hoja de lata al sol, todavía vestida con la túnica de tisú y perlas y cargada de joyas. ¿Dónde estaba nuestra encantadora bohemia? Ríe con su boca de alcancía para los corazones; hunde su cabellera caoba en la espalda, un poco henchida en los hombros, quizás demasiado abrumada por las rosas carnales; guiña los ojos y esgrime uno de esos enormes abanicos de plumas que, al cerrarse y colgar, semejan unos zorros viejos y desflecados. Observad cómo persiste la impresión de la mañana en un hogar risueño y amable. Acaso la doncella olvidó los zorros en un mueble, y *Chelito*, siempre colegiala — según la *réclame* de los periódicos —, los cogió por juego y al pasar. ¡Atención!... Oigamos lo que dice la deliciosa trasnochadora. Un público de mamás con sus hijos y de honorables burgueses aprueba de antemano. Y en un palco tres conquistadores fingen enmascararse con su enortijada diestra, como temerosos de una alusión de su amigueta de Parisiana, de la Cuesta de las Perdices. Chasco universal. *Chelito*, que debe de compartir con el cronista la sensación de intimidad que se desprende del decorado, renuncia a sus confidencias, reemplazándolas por unas a cargo de su señora madre. Sí, habla, o tararea, o entona — no, entonar, no — un cuplé en que la voluminosa y apacible doña Antonia, que todos hemos admirado tantas veces en la mesa del treinta y cuarenta y en la

del restaurante, diserta acerca del amor, con la agudeza y profundidad del propio Stendhal. Aconseja a Consuelo que no se fie de los hombres. El diálogo fué en la adolescencia de *Chelito*, que ya entonces se rebelaba y se revelaba. Replica la niña:

«¿Por qué, mamáita, te has casado tú?...»

Enternecedor, como veis. Allá en el techo del teatro flota la idílica visión del guardia civil con quien desposó la mamáita de Consuelo, no obstante sus teorías. ¡Comprendemos que las familias acudan a aplaudir a la famosa *divette*! ¿Quién, tratándose de ella, dijo perversión, peligro o pecado? Salvando la forma literaria, creeríamos asistir al recitado de una fábula de Samaniego. Hasta la manera de cantar de *Chelito* recuerda los concursos de las escuelas en que se declaman los versos de nuestro Lafontaine. No comprenderíamos la indignación de un padre. ¡Como no fuese por el aumento de precio de las localidades!...

Ya, sin exceptuar ningún número, *Chelito* no deja de probarnos su candor, en ella inconsciencia, que no da lo mismo que ingenuidad, señores gaceteros de las contadurías! La nueva, quiere decirse, la otra Ninón de Lenclos, en su leyenda de juicios de faltas más que de escándalo, y con su hermosura, sus abalorios y sus vestidos de tarjeta postal charolada, iluminada y escarchada, carece de satanismo. Mejor que nunca se

advierte su inocencia en las rumbas y cancioncillas de negros y mulatos, que yo he visto y oído en La Habana, y era como si reventasen de madurez las piñas y los aguacates, saturando el aire de perfumada molicie. No reconozco danzas ni tonadas en la ligereza y las trivialidades de Consuelo, especialista en eso de no dar importancia a Sevilla y el Guadalquivir. *Chelito*, *Chelito*... la pianola del pecado y de las *variétés*. Una y otra, insensibles, infatigables, mecánicas, sin matizar y de lujo, aunque a veces la pianola puede adquirirse por suerte, en una rifa.

## PARO FORZOSO

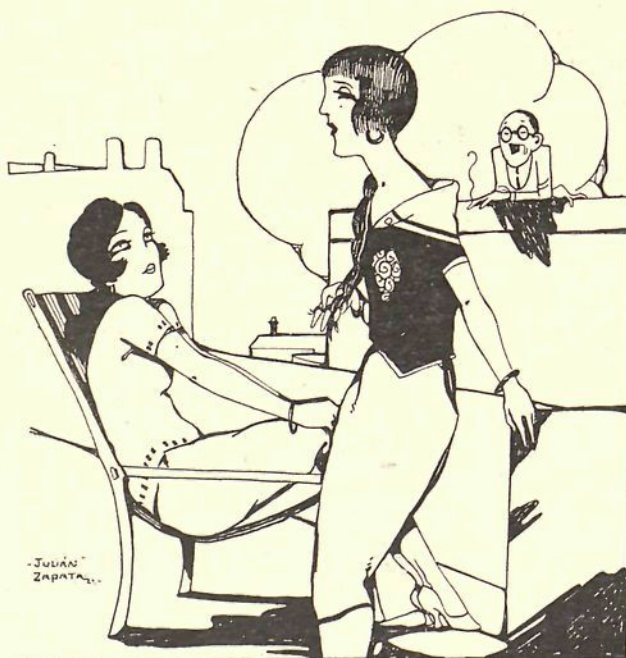
Señores técnicos de Maravillas, ¿no habría modo de evitar los tediosos paréntesis de soledad y silencio mientras estrellas y asteroides cambian de vestido? Aceptado el fregolinismo, innecesario en la mayoría de los casos, y siempre enojoso, véase la manera de remediar sus consecuencias. Bosteza el escenario con sus chinecas bambalinas, que acaban avergonzándose de su desnudez, y las gentes se adormecen examinando la punta de sus botas, o la de un cigarro olvidada por la escoba. Salimos rendidos de esperar a cada minuto, como si las *variétés* fuesen un tranvía en estos tiempos de falta de fluido.

Tal vez la solución ya está dada, y de antiguo. En el circo. ¿Recordáis los *ton-tos* que contribuyen a aligerar la instalación de aparatos y alfombras en la pista? Y si no, que desfilen hombres anuncios, y he ahí un nuevo recurso de publicidad. Otra cosa. Que se muestren las mamás a través de gasas transparentes, merendando y jugando al tute, con lo que continuaríamos la serie de tapices de Goya... Pronto lo que sea. Pero que los artistas no tarden en aparecer. Para retraso, ya basta con el de las cajas de bombones de los asientos, cajas que casi nunca funcionan, influidas, sin duda, por el ambiente.

## ALUSIONES

Ejercitarse en la crítica de las *variétés* tiene algo del sacerdocio de un Fabre, que dedicó su vida al estudio de los insectos. ¡Oh, las bailarinas como mariposas y aun las cupletistas como grillos! Pero muchas veces, los insectos y las *variétés* obligan a trocar la lupa del sabio por una caja de polvos desinfectantes. Protectores de artistas, galanteadores, agentes, empresarios..., ¡si vieras, lector, qué chinches!...

F. GARCÍA SANCHIZ



Dib. ZAPATA. — Madrid.

— Aquel pollo no cesa de mirarte, chica. ¿Estará muerto por tí?

— Y, por lo visto, en... terrado.



# EL PERRITO



cúsome, lector, de haber pretendido una mujer casada.

Yo soy, sin embargo, un hombre tan recto, que debe de haberme hecho el Creador con tiralíneas.

Pero andan por esos mundos de Dios y esas calles de Millán de Priego unas hembras de tantas gracias, que no hay de qué.

No hay de qué, señores moralistas, que pedís esa gollería que se llama castidad.

No hay de qué valerse en defensa de la tentación. Ante esas damas que quitan el sentido moral, fallan todas las reacciones del espíritu y todas las reflexiones del cerebro.

Yo fui adúltero con el pensamiento nada más; pero lo hubiera sido con el pensamiento y con una *corbeille* de hortensias.

Porque aquella señora era tan bella, que justificaba, no ya la felonía, sino el asesinato.

La conocí una tarde en el café del Palace.

Desde el primer momento me hizo una impresión, que ríanse ustedes de Gutenberg.

Era la propia, la auténtica Venus Citera rediviva y tomando un chocolate con churros.

Tenía el velito del sombrero recogido a la altura de la nariz y se le movían los ojos tras la celosía de los hilos como dos grandes, inquietas y relucientes arañas.

Eran sus pupilas color de caramelo, y, sin duda por esto, su mirada era dulce.

A los cinco minutos rompimos a flirtear de una manera insensata.

A los diez minutos me obsequió con una sonrisa que me hizo ver el cielo abierto y hasta el café de par en par.

A los quince la envié un beso por el éter.

Y a los diez y ocho estuve a punto de enviar por el éter a un botones, porque me llevé un susto gigantesco.

Un caballero alto y ancho llegó de improviso hasta su mesa y se sentó a su lado.

En aquel momento tenía yo una mano a cierta altura y con un dedo extendido hacia la puerta, seña con que quería dar a entender a la Venus desconocida que saliese a la calle. Y me quedé con el dedo en el aire, sin saber qué hacer de él para justificar el ademán, bajo la inesperada y dura mirada del recién llegado.

Al cabo hice como que llamaba al camarero, y hube de pedirle una copa de Benedictino, para despistar.

Mientras la bebía, escuché atentamente su conversación, y vine en conocimiento de que aquel hombre era su marido.

Sentí una sincera indignación contra a conducta de aquella mujer.

Pero ya era tarde para retroceder.

Eran las siete y cinco.

Estaba enamorado.

Volví al día siguiente para completar mi conquista.

Ocupaba ella la misma mesa, y no diré que degustaba el mismo chocolate, pero puedo afirmar que parecía el mismo.

Reanudamos nuestro *flirt*, e inducido un servidor de ustedes por la calenturienta mano del deseo a precipitar los acontecimientos, llamé al cerillero y le pedí recado de escribir.

Me trajo el recado, que, por cierto, parecía un recado de mi abuela, de puro viejo, y redacté esta lacónica, pero práctica declaración de amor:

«Dígame usted dónde y cuándo podemos vernos.»

Doblé el papel y se lo tendí furtivamente.

Al rato, ella me lo devolvió con esta respuesta desoladora:

«No nos podemos ver.»

Pero como al tiempo de yo leerlo me lanzó una sonrisa picaresca, comprendí que aquella frase era tan sólo una coquetería, y debajo de su «No nos podemos ver», escribí con presteza:

«Será que nos tenemos rabia.»

Volví a enviarle el mensaje por el sistema metropolitano de empujarlo con el bastón por debajo de la mesa, y ella tornó a responderme... En suma: que nos pasamos carteándonos así cuestión de media hora, al cabo de la cual el cuadernillo de papel estaba lleno de frases epicúreas. Era todo un poema.

Temiendo la llegada del esposo, se lo remití por decimonona vez con este *ultimatum*: «O me dice usted dónde podemos tener una entrevista paradí-



Dib. CASTEIG. — Alicante.

— No blasfeme, señor Acacio. Si el chico es rebelde, no será peor que usted. Recuerde todo el mal que ha hecho usted en este mundo...

— ¡Ya lo sé, señor cural! ¡Pero no me negará usted que ahora lo estoy purgandol...



siaca, o me tomo un refresco de estrig-nina.»

Hice del papel una pequeña pelota, y la lancé hacia los piececitos de la adúltera.

Pero antes de que ella se inclinase a cogerla, surgió rápidamente un perrito canela y blanco de entre las patas de las sillas; se lanzó a la pelota, y escapó con ella entre los dientes, haciendo caprichosas cabriolas.

— ¡Toma! ¡Toma! — empecé a gritarle, no muy alto, para no llamar la atención.

Le silbé, le ofrecí un terrón, le llamé sonando mis dedos. ¡Como si sonase mis narices! Nada. El maldito ratonero soltaba un instante la pelota, la empujaba con las patas, volvía a recogerla con la boca, y escapaba de aquí para allí, reanudando sus corvetas.

Yo estaba negro, completamente senegales de cólera.

Me hubiese comido al perro, crudo y todo.

¿De quién era el can?

Giré la cabeza para ver quién había entrado en aquel momento en el café, y vi al esposo de mi dama cerca del vestíbulo, adquiriendo una cajetilla y aguardando que el botones expendedor del tabaco le diese la vuelta de un duro.

¡El perrito era de él!...

Rompí a sudar como si con el Benedictino me hubiese tomado un sello de salicilato.

No era para menos. El porvenir se ponía nebuloso.

Porque al sentarse el corpulento caballero junto a su atribulada esposa, silbó al perrito, y éste — ¡oh dioses im-

placables! — acudió a la llamada dando saltos de medio lado y con el papel, ya casi desenvuelto, en la boca, a flor de morros.

Ella, la perjurá, le llamó con voz quebrada:

— ¡Wilson!... ¡Wilson!...

Pero Wilson, sin hacerla caso, saltó con ligereza sobre las piernas de su amo, agitando el rabito de tal modo, que parecía el percutor de un timbre.

Se mascaba la tragedia.

En efecto, el caballero le dijo dulcemente al perrito:

— ¿Qué, hombre, qué? ¿Qué quieres? ¿Qué me traes?

Y todo sonriente, con la inocencia de un niño que coge un petardo, le quitó el papel...

— ¡¡Camarero!... — grité dando una palmada.

Puse dos pesetas sobre la mesa, me levanté, me calé el sombrero... Y digo que me calé el sombrero, porque al levantarme con precipitación empujé un pico del mármol, tiré una copa llena de agua, y ésta se fué a derramar sobre mi flexible, que estaba en una silla.

Empapado y todo, me lo puse y salí andando.

Al llegar a la puerta volví la cabeza.

El caballero alto y ancho leía el cuaderillo atentamente. No quise ver más.

A la puerta misma del Palace había un taxi...

Un cuarto de hora después estaba yo en la carretera de la Coruña, a la altura de Torreldones.

Respiré...

FERNANDO LUQUE.

\*\*\*\*\*

MUESTRARIO DE «FIRMAS»

## MIGUEL DE UNAMUNO

Quién no le ha visto paseando andariego, estirado, con soberbia majestad, más que por egolatría para mantener en su testa ese sombrero inverosímil, que todos tememos ruide por el suelo al primer soplo de un transeúnte. Quién no conoce su uniforme serio y hermético de pastor protestante, tan popular. Quién no ha pronunciado alguna vez en su vida ese «D. Miguel» universal y definidor..., ni ha evocado — al desconcertarse con uno de sus artículos — su rostro macizo, de mirada adamantina, turbativa como pupilas de felino en la obscuridad, ni ha temido, cuando ese idilio con el hombre más privilegiado de España, perder su pluma fustigadora y exonerativa de todas las lacras que minan la cosa pública. Pero «D. Miguel es el mismo», nos ha dicho hace poco Insúa. Lo que no sabíamos es que don Miguel es goloso, y, por tanto, un reidor de la diabetes. ¡Casi lo mismo que contar con la pluma de D. Miguel para un par de lustros más!



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— ¡Eh, amigo, ese periódico me lo acaba de quitar del quiosco!

— ¡Hombre, usted dispense que me haya tomado La Libertad!...



Yo le recuerdo de aquel mitin monstruo de la plaza de toros. Nadie ignora que Unamuno es un charlador ameno e incansable; que una hora a su lado auditoria, enseña más que muchas sumidos en profunda lectura. Pero Unamuno no es gran orador. Don Miguel no tiene esa prestancia y agilidad mimica de los grandes oradores; no sabe arrebatarse a las multitudes con esas poses — *arbitrum elegantiarum* — de un Maura o un Melquiades.

Don Miguel, cuando habla, precisa esos segundos vacilantes para saber lo que va a decir, y escucharse él primero. No tiene esa práctica de los oradores y charlatanes públicos, de ir exponiendo un pensamiento ramplón entre un sin fin de vaguedades. Don Miguel, además, no puede en un acto público echar mano de su truco...

Así como un recipiente es susceptible de colmarse con un fluido cualquiera, el cerebro de D. Miguel hace tiempo rebosa de concepciones geniales. ¡Ya no caben más ideas geniales en su cerebro! ¡Ahora las guarda entre pecho y espalda! De ahí ese chaleco alto, cerrado, hermético...

Yo sé que cuando escribe precisa desabotonarle. En un acto público, esto sería un atentado contra las buenas costumbres. ¡Y no faltaría un Pérez de Ayala que calificase a D. Miguel de orador pornográfico!

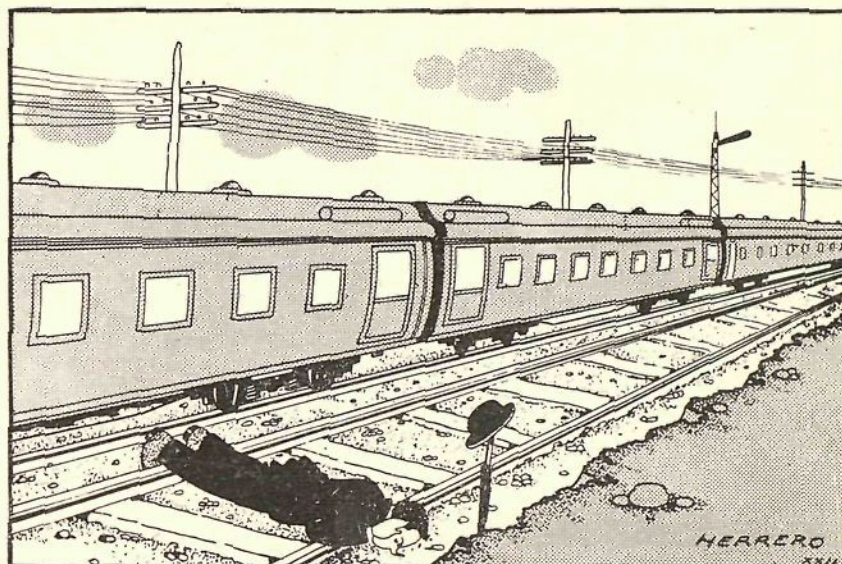
LORENZO RODERO.



# UN MAL PAGADOR

— Tenga paciencia; ya le pagaré...  
— ¡Nada, nada! Ande con cuidado, pues de lo contrario nos veremos las caras!

Dib. VERCHER. — Valencia.



# EL SUICIDA, ADMIRADO

Dib. HERRERO. — Bilbao.

— ¡Pues no se sufre tanto como yo creía!...

# CONSULTA INESPERADA

(HISTÓRICO)

— ¿El señor Zúñiga? — Sí.  
Adelante.  
— Servidora.  
— Tome usted asiento, señora.  
¿Qué es lo que quiere de mí?  
— Se lo diré a usted al momento.  
Soy Bruna Ruiz, ama seca de doña Pura Manteca, marquesa del Real Cemento. Mi señora me llamó y me dijo antes de ayer: «¿Por qué no va usted a ver al señor Zúñiga?» «¿Yo?» «Sí tal; ya que usted desea salir de esa situación, vaya usted sin dilación a que Zúñiga la vea...» Y aquí estoy...  
— ¡Bravo! Corriente. Una vez dado este paso, diga usted...  
— Pues es el caso que yo sufro horriblemente.  
— ¿Que usted sufre?... — Sí, señor.  
Yo soy hidrópica, y debo declarar a usted que llevo lleno de agua el interior.  
— ¡Por vida de San Antonio!...  
— Es más: yo creo que a veces hasta llevo dentro peces de colores.  
— ¿Sí?... ¡Demonio!...  
¿Conque es usted una piscina? Pues basta de conferencia.

Eso es de la competencia del ministro de Marina. Además, no soy doctor. Mas, sin duda, me parece que sé lo que usted padece: ¡usted padece un error! El error muy repetido de tomarme por mi hermano, que es médico cirujano, cosa que yo nunca he sido.  
— Celebro sobremana que me lo diga.  
— ¿Por qué?  
— Porque iba a rogarle a usted...  
— ¿Qué?...  
— Que me reconociera.  
— Sería una atrocidad. Mas, sin ser doctor, declaro que en usted hay un caso raro de incompatibilidad; pues muy difícil encuentro, aunque me llamen habieca, que un ama, siendo ama seca, vaya encharcada por dentro.  
— Corriente. Abur..., y perdón...  
— No hay por qué, señora Bruna. Dios quiera darle a usted una completa desecación. Y en tanto que los doctores le curan la hidropesía, deje usted que yo me ría de los peces de colores.  
— Me marchó, que son las dos y estará puesta la mesa.  
— Recuerdos a la marquesa.  
— ¡Mil gracias!

— ¡Adiós!

— ¡Adiós!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



## DEL BUEN HUMOR AJENO

### UN PASEO CARO, por Azkady Averchenko.

I

Salimos de paseo al bosque mi amada y yo, y corrimos a ganar una colina próxima desde cuyo alto se divisaba un delicioso panorama.

Contemplando el valle, lleno de emoción, murmuré:

— Ha sido una gran suerte que nos

hayamos perdido en el bosque. Si no nos hubiésemos perdido, no estaríamos ahora admirando este espléndido panorama. El río, allá abajo, parece un cinturón azul ceñido alrededor de una blusa verde. ¡Qué bellamente se destaca sobre el fondo azul el blanco de la camisa de aquel pescador! ¡Qué hermosura!...

Mi amada me miró dulcemente, y nos sumimos los dos en la más extática contemplación. Ella apoyó su cabeza sobre mi hombro.



Dib. LÁMBARRI. — Zaragoza.

— Como entonces no tenía dinero, me hice esta fotografía económica, que, por cierto, está bastante mal.

— Sí; ya se ve que estás falto de luz.

— ¿Qué es eso? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? — exclamó una voz chillona detrás de nosotros.

Nos volvimos asustados, y vimos a un hombrecillo que nos miraba siniestramente a través de sus gafas ahumadas.

— ¿Qué hacen aquí ustedes? — gritó de nuevo —. ¿A qué han venido ustedes? ¡Esto es intolerable!

— ¿Con qué derecho nos dirige usted esas preguntas, caballero? — le contesté con dignidad —. ¿Qué explicaciones tenemos que darle de nuestros actos?

— ¡Hombre, tiene gracia! ¿A quién, sino a mí, tienen que dar explicaciones? ¿A quién pertenece este bosque, ese río? ¿Al emperador de la China, acaso?

En vista de que, por falta de datos, no nos atrevíamos a atribuirle al emperador la propiedad de todo aquello, declaré:

— Este terreno es mío; ese río y ese bosque son míos. ¿Comprenden ustedes?

— Puede ser — repuse —. Le felicito a usted... Espero que no nos creará capaces de meternos en el bolsillo un árbol o de comernos un pedazo de finca rústica...

— ¿Ignora usted que está prohibido pasearse por un terreno privado?

— Nosotros no sabíamos que era un terreno privado. Como no tiene letrado...

— ¿Letrero?...

— ¡Claro! ¿Usted no ha visto nunca un mapa?

— Sí, señor.

— En los mapas, ¿no hay un letrado sobre cada territorio?

— Pero el campo — interrumpió el hombrecillo — no es un mapa.

— Para el caso, como si lo fuera. Si usted tuviera sobre sus tierras un letrado que dijese: «Posesión del diablo Ivanovich», nosotros no hubiésemos entrado.

— ¡Ah!... ¿Con que yo soy el diablo Ivanovich? ¿A qué han venido ustedes a la finca del diablo Ivanovich?

— Nos hemos extraviado, señor.

— ¡Sí, sí!... La gente que se extravía busca el camino, y ustedes llevan más de una hora contemplando el paisaje.

El hombrecillo nos resultaba ya muy impertinente. Le dije:

— ¿Y a usted le perjudica eso?... ¿Pierde usted dinero?...

— Pero ¿lo gano?...

— ¡Ah!... ¿Quería usted una ganancia?

— ¡Nada más lógico! ¿Usted cree que este terreno, ese bosque y ese río me los han dado por mi bella cara? Lo más lógico es que me haya costado el dinero, ¿no?

— ¡Desde luego!

— Sigamos razonando. La contemplación del paisaje, ¿no es un placer para usted?

— Sí, señor.

— Usted lleva una hora admirándolo



todo, sin pagar nada. Cuando va usted al teatro, ¿no tiene que pagar?... ¿Qué diferencia hay entre una cosa y otra?

— Las Empresas de los teatros gastan una enormidad en la presentación, en la orquesta, en la luz, en la compañía, en el personal...

— Y yo, ¿no gasto dinero? Todo esto me cuesta un ojo de la cara, ¡sépalos usted! Por ejemplo: ese pescador que usted ha elogiado, ¿cree usted que no me cuesta nada? ¡Le pago seis rublos al mes!

Me encogí de hombros. Los razonamientos de aquel hombrecillo eran de una estupidez indignante.

— ¡Pero no le pagará usted los seis rublos para que adorne el paisaje!

— Se los pago para otro servicio muy distinto: es mi cochero. Pero esa camisa «cuyo blanco se destaca tan bellamente sobre el fondo azul», se la he regalado yo.

— ¡Acabemos! — grité —. Diga usted de una vez lo quiere de nosotros. ¿Que paguemos la contemplación del panorama?

— ¡Naturalmente!

— Bueno. Preséntenos la cuenta.

— ¡Claro que se la presentaré!... Han pasado ustedes un rato agradable y deben pagar.

— Bueno. Cuando traiga la cuenta, hablaremos. Ahora, lárguese y déjenos en paz. Queremos estar solos. Ya le llamaremos cuando nos haga falta.

— Caballero, me habla usted en un tono...

— El que paga tiene derecho a exigir que no se le moleste.

El hombrecillo hizo una torpe reverencia y desapareció por entre los matorrales, mascullando por lo bajo palabras sordas.

— Gracias a Dios que se ha largado y podemos seguir contemplando este magnífico paisaje. Mira, amor mío, ese bosquecillo de la derecha. Mira allá lejos, a la izquierda, el camino atravesando, en caprichoso zigzag, como una cinta blanca los campos floridos. ¿Y el tejado rojo de aquella casita, destacándose sobre el fondo verde de las frondas?... ¿Y sus paredes blancas, brillantes al sol?... Hay un *no sé qué* en ese tejado, esas paredes blancas, en esas ventanas azules, que me dilata el corazón. Mira aquel viejo molino que se dibuja tan limpiamente sobre el claro azul del cielo. Sus aspas voltean tan despacio el aire dormido, que se siente, mirándolas, una divina laxitud. Se tendería uno sobre la hierba y se pasaría uno las horas muertas bajo la bóveda azul, sin pensar en nada, respirando tan sólo el olor a miel de las flores.

### III

— Vámonos. Empieza a obscurecer — exclamó mi amada.

— En seguida, amor mío.



Dib. SAMOT. — Madrid.

— Pues aquí llevamos estas cosillas del monte

— ¡Dichosos ustedes!... ¡Yo ya llevé al Monte todas las cosillas de casa!...

\*\*\*\*\*

Y volviéndome, grité en son de burla:

— ¡Mozo, la cuenta!

Salió el odioso propietario.

— ¡Está la cuenta redactada? — le dije.

— Sí, señor. Aquí la tiene usted — respondió alargándome un papelito.

El papel decía así:

Cuenta del propietario Kokurkov por la admiración del paisaje de su finca (comprada al comerciante Lempalov el 23 de septiembre de 1912, ante el notario Besborodko).

	Rublos.
Los campos cubiertos de flores «que huelen a miel».....	2
El río «semejante a un cinturón azul».....	1
El pescador cuya camisa blanca «tan bellamente se destaca sobre el fondo azul».....	0,50
Un bosquecillo.....	0,30
La cinta blanca del camino.....	0,60
La casita de paredes blancas y tejado rojo «que dilata el corazón».....	1,50
El viejo molino cuyas aspas producen «una divina laxitud», y del que es propietario el campesino Krivij.....	0,70
TOTAL.....	6,60

Yo, muy serio, como si se tratase de la cuenta de mi restaurante, después de estudiarla, dije:

— Ha incluido usted algunas cosas que no ha debido cobrarme.

— ¿Cuáles, señor?

— Ese viejo molino...

— ¿No lo ha admirado usted?

— Sí; pero es del campesino Krivij, según usted mismo confiesa.

— ¿Y qué?...

— Que si no es de usted, no tiene derecho a cobrármelo.

— El molino, visto de cerca, no vale nada. Es muy viejo, muy feo y sin ninguna poesía. Sólo es bonito desde esta colina.

— Eso son tonterías. ¿El molino es de usted?

— No.

— Entonces...

— Yo no vendo el molino, señor mío

Vendo el derecho a contemplarlo desde este sitio. El molino no es mío; pero el sitio, sí.

— No es muy honrado eso; pero pasemos. A lo que no tiene usted derecho es a cobrar rublo y medio por una miserable casita. Es un robo.

— ¡Una casa tan linda, con su tejado rojo, con sus paredes blancas, brillantes al sol, sus ventanitas azules, que dilatan el corazón, como ha dicho usted tan delicadamente! Esas dilataciones del corazón, ¿no se pagan?

— Pero ¡no tan caras! Están ustedes poniéndolo todo por las nubes. El Gobierno debía ocuparse de esto. ¡Rublo y medio por contemplar una casita que no vale nada! Rebájeme el medio rublo...

— No puedo, señor, no puedo. Palabra de honor. No le cobro de más. Sólo ese simpático tejado rojo en medio de las frondas lo vale. No le cobro las paredes blancas ni las ventanas azules.

— ¿Y el camino?... ¿También es barato el camino?...

— ¡Baratísimo!

— ¡Si sólo lo hemos mirado un momento! Además, no tiene importancia ninguna...

— No diga usted eso. ¡Es delicioso!

— Bueno, bueno — exclamé —. ¡Qué le vamos a hacer!... Con estos precios, poca clientela tendrá usted.

Y miré el dorso del papel. Di un grito de triunfo.

— ¿Qué le pasa, joven?...

— Que no puedo pagar la cuenta.

— ¿Cómo?... ¿Por qué?... ¡Usted no se va sin pagar!

— ¡No pago esta cuenta!

— Pero ¿por qué?

— Porque no está en regla.

— ¿Qué le falta?

— ¡El timbre!

— El timbre sólo se exige cuando se trata de cantidades de importancia.

— Se equivoca usted. Si la cantidad excede de cinco rublos, es preciso el timbre. El total son seis rublos sesenta copecks.

— Bueno — rugió el hombrecillo —; puesto que se acoge usted a la ley, le perdono el molino y el río. El importe de ambos es de un rublo sesenta copecks. Así queda en cuatro rublos noventa. Ya no tiene usted un nuevo subterfugio.

Saqué la cartera y le di altivamente un billete de cinco rublos.

— Tome. Los dos copecks que sobran, para usted.

Nos alejamos. Cuando habíamos andado cincuenta pasos, mi amada lanzó un grito y se detuvo. Ante nosotros se alzaba un tilo centenario.

— ¡Mira qué maravilla!...

Le tapé la boca con la mano, diciéndole:

— ¡Calla! ¡Aparta la vista de ese tilo, si no quieres causar mi ruina! ¡Figúrate lo que nos cobraría ese hombre por la contemplación de un tilo centenario!

A. R. H.



## EL BUEN HUMOR DE NUESTROS CLÁSICOS

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

*Muérense por llamar Juanilla a Juana,  
que son de tierno amor afectos vivos,  
y la cruel, con ojos fugitivos,  
hace papel de yegua galiciana.*

*Pues Juana, agora que eres flor temprana,  
admite los requiebros primitivos,  
porque no vienen bien diminutivos  
después que una persona se avellana.*

*Para advertir tu condición extraña,  
más de alguna Juanaza de la villa  
del engaño en que estás te desengaña.*

*Créeme, Juana, y llámate Juanilla;  
mira que la mejor parte de España,  
pudiendo Casta, se llamó Castilla.*

## CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

*Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:*

### BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

*J. V. Bilbao.* — El primero es malo, el segundo es peor, y el tercero..., ¡no digamos!... En vez de hacer *Mosaicos*, se podría usted dedicar a acarrear ladrillos...

*R. D. Madrid.* — Usted debe de tener mucha confianza con el Manzanares, porque lo coloca usted con minúscula. Además, debe usted de tener mucha confianza con los autores extranjeros, porque ese cuento nos huele a conocido...

*Great. F. C. G. Madrid.* — *R. T. Guadalajara.* — *F. B. Madrid.* — *G. J. Valladolid.* — *Pina.* — *Alloza.* — *López G.* — *J. R. Sevilla.* — *A. V. Madrid.* — *F. R. Madrid.* — *Marte.* — *E. del C.* — *P. F. Madrid.* — *M. C. Madrid.* — *A. P. Madrid.* — *J. O. S.* — *Odracir.* — *Cortés R.* — *Santodomingo.* — *A. R. Madrid.* — No sirven.

*C. G. B. Nador.* — Hemos pasado el chiste a su sección correspondiente. Con lo dicho comprenderá usted que el dibujo no nos ha gustado ni tanto así.

*M. C. Madrid.* — Vale poco. De esas cosas se puede sacar más partido, ¿no cree

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BIEN HUMOR.

Oportunamente anunciaremos la fecha en que se pondrán a la venta.

usted? Además, no escriba *humbral*, que está muy feo, ni corrija diciendo *jente*, en lugar de *gente*, que decimos el resto de los mortales.

*Chindasvinto. Orense.* — Diríamos que es tontillo, si no temiésemos ofender al ilustre rey godo.

*E. S. Y. Madrid.* — No nos gusta.

*R. M. G. Minas de Barruelo.* — Está bien versificado; pero no tiene gracia. Cuando escriba usted otra cosa mejor y menos larga, y no diga usted *a por*, podrá llegar.

*Ginés de Pasamonte.* — Vale poquísimo, Ginés.

*J. B. Barcelona.* — De nada, amigo. No creí que lo tomara usted tan en serio. Ya recibirá, si encuentro sus señas, una tarjeta mía. (Esta sección nos sumerge en el más aterrador de los anónimos.) Sospechamos que esta vez ha acertado.

*G. de O. L.* — Que Dios no le tome a usted en cuenta ni *La mala pronunciación* ni la mala escritura. Los chistes son como para narcotizar a uno de los reyes de la plaza de Oriente.

*G. H. C. y J. F. Madrid.* — Verdadera-

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

mente, da lástima al considerar en lo que han perdido ustedes lo más florido de su juventud...

*F. S. A. Sevilla.* — Tiene un fondo profundo y filosófico que hace llorar. Y luego, esa delicadísima versificación:

«¡Pobre de don Ramón!  
Hace unos días tuvo indigestión,  
y aunque en casa le hicieron  
todas las medicinas que pudieran,  
incluso lavativas de jabón,  
revuelto con tomillo y sal muy fina,  
por recomendación de una vecina...»

Hay en su poema momentos felicísimos, que no hubiera despreciado Campoamor. Recordemos aquellas aleluyas que dicen:

«Y cada amigo recomienda el suyo,  
poniéndolo en las nubes con orgullo.  
— A mí, Fulano, de una *gastragía* (!)  
me curó en medio día.  
— A mí, Zutano, me miró dos veces  
y me quitó un reuma de ocho meses.»

¡Lo hace usted mejor que su paisano Montero!

*J. R. O. Granada.* — Tiene gracia la exposición, paisano. El asunto es el que defrauda mucho. Ensaye con otra cosilla..

*Brio. Madrid.* — *J. Levis.* — *Castle.* — *F. G. L. Madrid.* — *Enrich-A.* — *J. Jimeno.* — *Salmón.* — No sirven.

*A. P. Madrid.* — Los chistes son muy graciosos; pero los dibujos, aunque apuntan alguna disposición, dejan bastante que desear. Insista usted.

*P. F. H. 121.* — No nos gusta ninguno de sus doce dibujos.

*F. P.* — Lo mismo le decimos con respecto a los catorce que usted nos envía.

*Martínez. Sevilla.* — El dibujo, podría pasar; el chiste, no.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

*S. de la C. Barcelona.* — Nunca, ni siquiera cuando perdimos aquellos cinco duros en Rosales, hemos quedado tan tristes como después de leer su articulo.

*Xan D'Entenza. Cartagena.* — Está muy correcto y fácil de versificación; pero no sirve para nosotros. No tiene gracia ninguna.

*B. G. El Escorial.* — ¡Cuidado que es usted del Escorial!..

«Doña Braulia tiene un hijo  
como no hay otro de majo;  
su cabecita es un ajo  
y su cara es un botijo...»

¿Se le ha ocurrido a usted sólo? ¡Caramba, caramba!

*J. L. E. Sanlúcar la Mayor (Sevilla).* — Eso de hacerse un articulo con nombres de políticos, lo hicieron hasta los celtas.

*Rosicler. Barcelona.* — Tiene algunas cosas graciosas. El resto desmerece. Haga usted otras cosas.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



## BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

#### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

#### PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

#### EXTRANJERO

##### UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

#### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre es-  
ta marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

**Loción Belleza** Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido o con arrugas, manchas, pecas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc., a las veinticuatro horas de usarla la bendicen. Las señoras que la usan, nunca tendrán vello.

**Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.** A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



**CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.)** (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

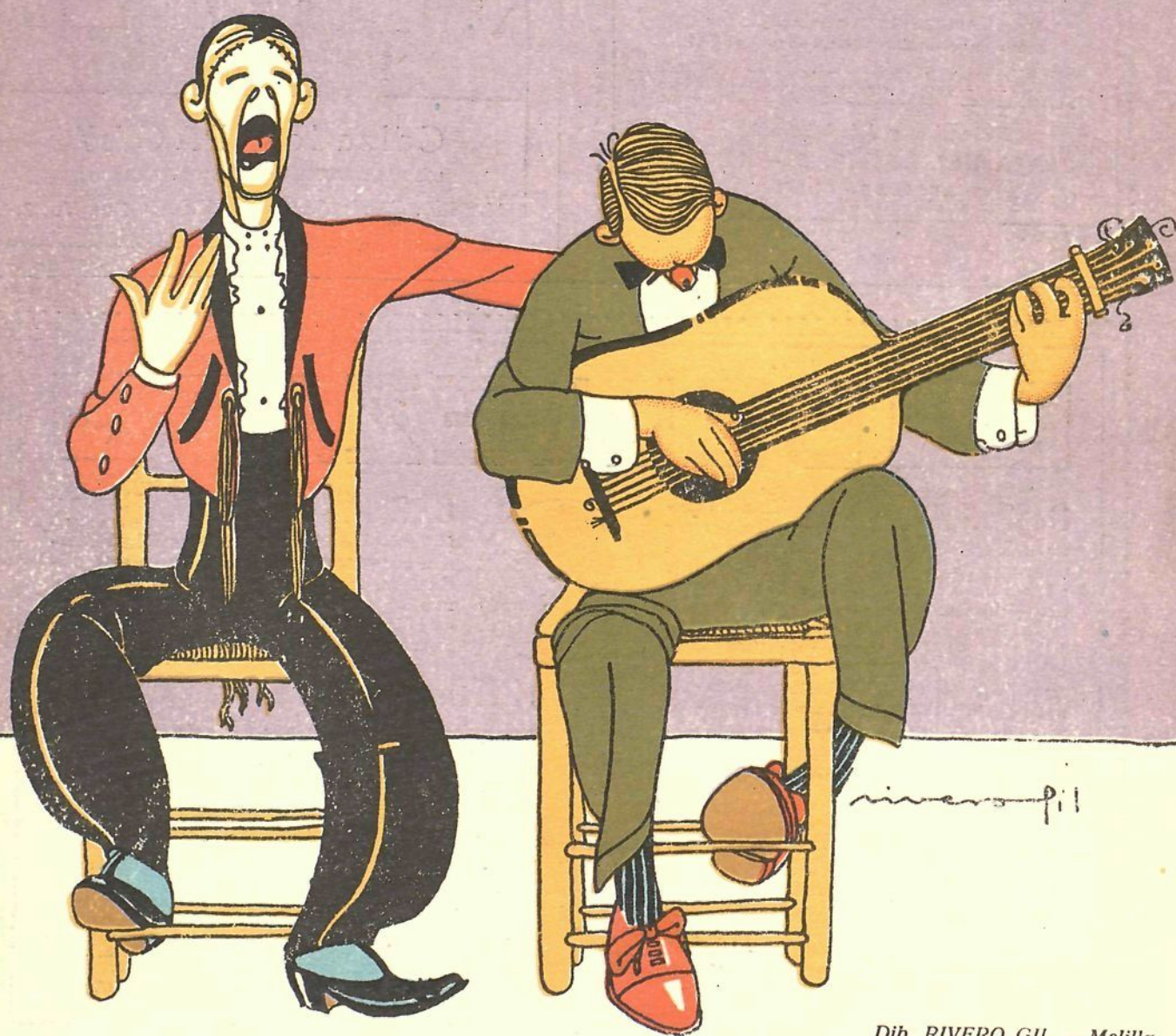
**TINTURAS WINTER** marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

**Polvos Belleza** Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

**DE VENTA** en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.  
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).



# BUEN HUMOR



EL CUPLÉ DE MODA

Dib. RIVERO GIL. — Melilla.

EL CANTAOR. — ¡Ay..., ay..., ay..., ay...!  
UNA VOZ EN EL PÚBLICO. — ¡Canta y no llores!